



ALICIA KOZAMEH SELECCIÓN DE SU OBRA

ALICIA KOZAMEH SELECTED WORKS

Resumen

Como ha sido el caso en otros encuentros de La Red Literatura y Derechos Humanos, en el congreso que tuvo lugar en la Universidad de Bologna propuse que se estableciera un diálogo con los oyentes para poder contestar a sus preguntas. En estos intercambios di a conocer mi experiencia carcelaria como prisionera política, el exilio y la incidencia de estas experiencias de vida en el devenir de mi creación literaria. En el panel “Testimonio y ficción en la obra de Alicia Kozameh”, Norah Giraldo Dei Cas, Isabelle Pouzet y María A. Semilla Durán me propusieron que leyera pasajes de mi obra poética y de los relatos que ellas comentan en sus trabajos. La selección que presento tiene en cuenta lo leído en el panel.

Palabras clave

Alicia Kozameh; Argentina; literatura; siglos XX y XXI.

Abstract

As has been the case in other meetings of the Literature and Human Rights Network, during the conference held at the University of Bologna I proposed establishing a dialogue with the audience in order to answer their questions. Through these exchanges, I shared my experiences of imprisonment as a political prisoner, exile, and the impact these life experiences have had on the development of my literary work. During the panel “Testimony and Fiction in the Work of Alicia Kozameh,” Norah Giraldo Dei Cas, Isabelle Pouzet, and María A. Semilla Durán invited me to read passages from my poetry and from the narratives they discuss in their contributions. The selection presented here reflects the works read during that panel.

Keywords

Alicia Kozameh; Argentina; literature; twentieth and twenty-first centuries.

* * *

Referencia: (2026). Alicia Kozameh. Selección de su obra. *Cultura Latinoamericana*, 43(1), 213-252. <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2026.43.1.10>

Fecha de recepción: 14 de abril de 2025; fecha de aceptación: 14 de mayo de 2026.



ALICIA KOZAMEH¹

SELECCIÓN DE SU OBRA²

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2026.43.1.10>

1 Alicia Kozameh, prisionera política en Argentina desde 1975 a 1978, tuvo que exiliarse; vive actualmente en Los Ángeles, donde escribe y ejerce como profesora en el programa de creación literaria del Departamento de Inglés de Chapman University (California). La escritura, así como la expresión en pintura y dibujo, la acompañan desde muy joven, y fueron su sostén durante las ya conocidas condiciones carcelarias que impuso la dictadura cívico-militar que gobernó la Argentina desde el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 hasta diciembre de 1983. Es autora de ocho novelas, incluyendo *El séptimo sueño*, la primera que escribió en el exilio. Autorizó su publicación para una edición crítica a cargo de María A. Semilla Durán, en la que participan también Enrique Foffani y Erna Pfeiffer, y que publicará próximamente Alción (Córdoba, Argentina). Alicia Kozameh también es autora de seis libros de poesía y dos libros de relatos, además de muchos otros textos en antologías publicadas en diversos países. Su obra es objeto de estudio en universidades europeas, norteamericanas y latinoamericanas, y ha sido traducida a varios idiomas (alemán, inglés, italiano y francés, entre otros). En su obra, la experiencia de la cárcel emerge y se representa con modalidades de escritura muy diversas y expresiones que la connotan de manera directa u oblicua. Tanto en sus novelas *-Pasos bajo el agua* (1987), *259 saltos, uno inmortal* (2001), *Patás de avestruz* (2003), *Basé danse* (2007), *Natatio aeterna* (2011), *Eni Furtado no ha dejado de correr* (2013), *Bruno regresa descalzo* (2016)- como en sus relatos reunidos en *Ofrenda de propia piel* (2004) y *Ofrenda de propia piel 2* (2022) aborda su vida y la de la comunidad argentina bajo la opresión dictatorial, con referencias también a la obra de otros artistas y otras culturas. Su vasta obra es considerada como uno de los más notables paradigmas de intertextualidad en lengua española, fruto de su erudición y de un pensamiento universalista. Hecha de variaciones y despliegues poéticos, se construye con pasajes y puentes entre sus diferentes textos y, en su conjunto, si bien instala en el lector un profundo sentimiento de pérdida y de destrucción que se relata en forma de frisos cambiantes de alta tonalidad poética, también subraya la fuerza de una escritura que siempre ha sido opción de vida y *modus vivendi*. La experiencia carcelaria que le tocó vivir junto a muchas otras personas de su generación está omnipresente no solo como testimonio, sino también como material que la escritora reelabora constantemente con una estética que alía compromiso y creación poética. En poesía, después de haber publicado el poemario *Mano en vuelo* (2009), edita, entre 2018 y 2021, cinco libros que corresponden a un solo poema, reunido bajo un título general, *Sal de sangres*, al que agrega complementos que distinguen cada uno de los volúmenes: *Sal de sangres en guerra*, *Sal de sangres en declive*, *Sal de sangres en pánico*, *Sal de sangres en incendio*, *Sal de sangres en sangre*. Este poema, extenso y desgarrador, conjuga la carga emocional que recoge la voz poética del drama personal y de lo vivido colectivamente por los argentinos. Alicia Kozameh no deja de escribir; pronto dará a conocer otra novela, fruto de nuevas exploraciones en su labor diaria con la literatura, siempre regenerada por imágenes punzantes que revolucionan y ahondan su visión universalista.

2 Alicia Kozameh tuvo en cuenta en esta selección de su obra los textos analizados en los trabajos de Norah Giraldi Dei Cas (NGDC), Isabelle Pouzet (IP) y María A. Semilla Durán (MASD), que se publican en esta entrega de Cultura Latinoamericana. La presentación, organización y las notas de la selección estuvo a cargo de las tres especialistas mencionadas.



CUADERNOS DE LA CÁRCEL³

⑭ 15.6.77. RESUMEN DE SUEÑOS QUE ME HAN QUEDADO GRABADOS EN BASE A SUS BRILLANTES IMÁGENES COLORIDAS, A SUS CONTENIDOS, A MI SENSIBILIDAD; A CÓMO ME HAN AFECTADO POR DIVERSOS MOTIVOS, EN GENERAL. (DESDE SETIEMBRE DE 1975 A LA ACTUALIDAD). SÓLO LOS NUMERARÉ, COMO SIEMPRE: SI BIEN NO RECUERDO EL ORDEN CRONOLÓGICO DE CADA UNO, SÉ DÓNDE LOS SOÑÉ PORQUE RECUERDO MIS DESPERTARES, Y LOS COMENTARIOS SUSCITADOS A RAÍZ DE ELLOS. ME RECUERDO EN EL LUGAR FÍSICO, Y ASÍ RECONSTRUYO EL ORDEN DE APARICIÓN DE CADA UNO, EN EL TRANSCURRIR DE LOS MESES.⁴

UNO:

Camino con papá. Una calle de pueblo, de tierra, sobre la que hace días llovió y se ha secado en forma despareja, por zonas. Hay grumos grandes en la tierra, pequeños montículos en la calle. Ambos con las manos juntas atrás, caminamos en silencio. Nos comunicamos tácitamente, sin hablar ni una palabra. Avanzamos con las cabezas gachas, yo con una sensación satisfecha y casi feliz. Llegamos uno junto al otro, al final de esa calle.⁵ De pronto comienza una llanura inmensa, un llano, un prado, mejor. - El prado es de un verde claro brillante, el césped es parejo, limpio, verde. El cielo es azul claro, intenso, lleno de brillo, también. No sé nada más. Ingresamos en ese plano feliz en la misma actitud callada pero elocuente, pero, extrañamente, caminamos sin ni siquiera rozar el césped. A unos 15 cm. del suelo.

Ya a cierta altura del recorrido papá me dice, solícito, sin mover sus labios: “Mirá estas diapositivas”. Aparece en sus manos un pequeñito

3 Publicamos dos de los sueños que Alicia Kozameh tuvo en la cárcel, reelaborados en forma de relatos en el primer cuaderno (C1) que le autorizó tener la requisa de la cárcel de Villa Devoto. Forman parte de una serie compuesta de cinco sueños (C1, pp. 8 a 12 en el manuscrito), precedidos de una introducción en forma de resumen que también se publica aquí. Nos basamos en la transcripción dactilografiada a cargo de Erna Pfeiffer. Está programada la publicación de los manuscritos de los cuadernos de la cárcel de A. Kozameh y su transcripción, acompañados de ensayos críticos en la Colección Archivos del Centre de Recherches Latino-Américaines (CRLA - Université de Poitiers). NGDC.

4 Este párrafo, en mayúsculas como en el original, introduce la serie de cinco sueños mencionados antes. A. Kozameh fue numerando los escritos para indicar “el orden de cada uno... en el transcurrir de los meses”. La fecha 15/6/77 inicia la serie “sueños” y el número 14, que precede la fecha, indica la primera parte de la serie de sueños. El segundo sueño lleva el número 15 encerrado en un círculo, y así sucesivamente. La escritora expresa también con estos signos (fechas, numeración) lo que significan para ella estos sueños, un material que relata por escrito para no perderlos, con la idea de retomarlos, lo que hará, ya exiliada, a lo largo de su obra. NGDC.

5 Conservamos, tal cual figura en el manuscrito de los cuadernos de la cárcel, el punto final seguido de un guion de separación (como los que se usa para introducir un inciso). NGDC.



aparato marrón, y me lo pone frente a los ojos.- Al instante ya no está el aparatito, y es la pradera misma el escenario donde se desarrolla la siguiente escena: desde la derecha aparece una hilera de mujeres. No caminan, flotan en el aire, giran sobre sí mismas, sus vestimentas de calle se mueven, cámara muy lenta. Levantan los brazos, mueven las piernas, flotan. Papá me señala a la tercera de la fila, y me dice: “Decime si allí tu madre no está bellísima, hermosísima.” “Sí”, le contesto, siempre sin emitir sonidos. Mamá en versión 26 años: cabello negro, brillante, largo hasta bajo los hombros. Levemente ondeado en las puntas, se extiende, se abre lentamente en su desplazamiento blando. Su ropa es verde oscuro, sus zapatos con pulseras en los tobillos, negros. Sus piernas blancas, pero hermosas. Los labios rojo fuerte. Los ojos negros.- Pasan por delante nuestro, a unos 8 metros de distancia.- Ellas son aproximadamente 10, 12.- Desaparecen, al fin, por nuestra izquierda.

“Mirá esta otra”, me dice papá. Y surge, en medio de la llanura, una silla marrón con respaldo de cuerina marrón; en ella está sentada Liliana, mi hermanita inválida, muerta en la realidad desde hace 7 años. Está golpeada, lastimada, en parte, le sangra el rostro. Está quietecita, se percibe algún gran pesar en ella, en su ánimo. Está acongojada.- Me desespero, me angustio y le digo a papá: “Me voy a buscarla.- Está viva, papí, está viva.”- “No, hija, sacate eso de la cabeza. Tu hermanita está muerta. MU-ER-TA – MUER-TA – MUERTA. Dejate de pavadas, hijita”. – Desaparece Lilianita del prado, y con ella su silla.- “Me voy a buscarla”, digo; “Está bien, hacé lo que quieras”, contesta papá. Él sale caminando hacia adelante, yo me separo y avanzo hacia una línea en ángulo a él.- Frente a mí, desde el horizonte, se la ve de pronto a mamá que camina en dirección a nosotros, con un traje a saco verde jaspeado, zapatos negros de taco alto, en su edad actual, cabello corto peinado de peluquería, ella con sus pies fuertemente apoyados sobre el suelo, normalmente, no así nosotros, que seguimos sobre el aire, cercano al piso.- “Voy a buscarla a ella”, le digo a papá, y casi caminamos juntos. Nos desplazamos un tramo, y ya estamos juntos los tres. “Volvamos” dice papá, y juntos, ya caminando normalmente salimos de la llanura; papá en el medio, mamá a su derecha, yo a su izquierda. Siempre las manos juntas atrás nosotros dos, mamá con sus brazos a los costados.- Ingresamos a la calle de tierra. Hacemos algunos pasos y nos alcanza un automóvil Citroën blanco, que frena a nuestro lado, y cuyo conductor, bajando la ventanilla, llama: “¿Hasta dónde va, gerente? ¿Lo alcanzo con el auto? Suban, por favor.” El conductor abre, estilándose, la puerta trasera derecha, y suben papá y mamá. El acompañante desciende, subo en el medio delante, y vuelve a subir. Las puertas se cierran con extrema violencia, y quedamos como encerrados por la fuerza. El auto con nosotros 5 avanza, y desde Ayacucho subimos por San Juan. A medida



que el auto se adelanta por esa calle me sorprende muchísimo lo que sigue: todas las casas con sus puertas, sus ventanas, sus persianas, sus paredes, los carteles, los anuncios, las columnas, todo lo de metal está herrumbroso, rojo, retorcido; las fachadas totalmente despintadas, rajadas, se ven claramente los ladrillos que los levantan.- Las veredas rotas, el pavimento descascarado, los colores: herrumbre, gris, plomo; todo opaco, muerto. Fundamentalmente eso: muerto todo. Abandonado, desolado, como si el tiempo hubiese transcurrido largamente en la misma situación.- Yo me doy vuelta y miro por el vidrio de atrás, a través del espacio que dejan mis padres entre ellos.- Veo todo eso. Pasamos Alem y entramos en San Juan entre Alem y 1º. de Mayo. La cuadra de mi antigua casa, la actual casa de mis padres.- Sus persianas de metal están caídas, destrozadas, abatidas, herrumbradas y despintadas.- Igualmente su puerta, y todo su frente.- Y todas las casas de la cuadra.- Llegamos a 1º de Mayo.- En la puerta de la esquina en que hubiera hace tiempo – en el sueño, porque aún existe – una farmacia, en la calle, está quieto un viejo automóvil Ford, grande, redondo, que fuera negro antes.- Descascarado, golpeado, abollado íntegramente; sus vidrios destrozados, algunas pequeñas moleduras en la calle, en el suelo. Sólo 4 o 5 trocitos... La impresión es de que siempre estaba allí, en iguales condiciones. Seguimos caminos, siempre lentamente. Ahora San Juan entre 1º de Mayo y 25 de Diciembre.- Aparece el galpón – a la derecha, del lado de los pares – que tanto me sedujo y me angustió siempre.- Su oscuridad interior, su misterio.- El cartel que anuncia a lo que se dedican sus dueños, inclinado, vencido hacia abajo, dando casi en el hueco de la puerta grande que abre al galpón. La sordidez es inmensa. El conductor detiene la marcha. Sin que nadie lo indique, todos descendemos. Yo adelante; papá y mamá detrás mío. Atrás de ellos, el conductor y su acompañante. Al entrar en el gran galpón, veo, inmediatamente, la silla marrón con mi hermanita sentada en ella, en medio de la habitación. La misma imagen que en la extraña “diapositiva” de la pradera. Lastimada, sangrante el rostro, llorosa, quietecita, imposibilitada de reaccionar ante nada. Con ella están quienes evidentemente son los que son los autores de su actual estado físico. Y que son los dos hombres con los que veníamos en el auto. Están dentro con ella, y a la vez entran con nosotros al galpón... Mi angustia entonces es terrible. Se me anuda y se me retuerce el pecho. Lo miro a papá, y también en su angustia brutal, le digo: “¿Viste que está viva? ¿Viste, papi, viste?” Papá me mira con aire de cierta pero no muy explícita culpabilidad. Me despierto.



DOS: ⑮ (*La amiga es Susana Pancaldo*) anotación hecha posteriormente LA 5-3-89⁶

Ubicación: Correo Central, Municipalidad, Catedral, Plaza, 25 de Mayo.- Pero nada de todo eso existe, salvo partes de la plaza.- Es de noche. La oscuridad es total. Yo paso por allí caminando en dirección al centro, acompañada de una amiga. En el lugar del Correo se levanta una colina alta; mi amiga y yo levantamos la vista en ese sentido y en medio de la gran oscuridad vemos descender, desde la cima de esa colina, una hilera de hombres y mujeres, pero impersonales, ordenados de a dos, vestidos con largas túnicas blancas con capuchas y cada uno con una antorcha encendida en sus manos derechas levantadas. Avanzan por un sendero angosto, abrupto muy lentamente, con pasos sincopados, con un ritmo sugerido por una música extraña, que más que música es un sonido de percusión, algo lejano, profundo, estremecedor.- Se aprestan a bajar hasta el nivel del suelo en el que nosotros nos hemos quedado mirando boquiabiertas y casi asustadas. – Finalmente ya empiezan a circular por terreno horizontal. Le digo, entonces, a mi amiga: “Vamos a la procesión”. “Sí”, me contesta. Y sin más nos incorporamos a la hilera por su zona media más o menos. Al momento adquirimos el mismo aspecto de quienes la componen. Túnicas blancas con capuchas para las dos, cabezas bajas las dos, antorchas encendidas para las dos. – Y, siguiendo consecuentemente el ritmo y la dirección del conjunto, recorremos en sentido diagonal lo que en la realidad sería la plaza 25 de Mayo, hacia Laprida y Santa Fe.- Vamos temblorosas, respirando agitadas, expectantes. Mirándonos por debajo de nuestras mismas caras. Nadie habla.- El silencio sólo no lo es por el tamborileo profundo y sincopado que no se alcanza a descubrir de dónde surge, exactamente. Surge de la situación.- Esa es la vivencia.- Surge de los hechos.- Recorremos un tramo más y le digo a mi amiga que ya es tardísimo, que volvamos a casa. Me contesta afirmativamente, y en el acto nos deslizamos silenciosamente fuera de la procesión y comenzamos a caminar rápidamente en sentido distinto del de la hilera de gente.- Ya estamos vestidas normalmente, ya no tenemos antorchas en las manos.- y emprendemos un camino que supongo vagamente es el de regreso a nuestra casa, en que viviríamos las dos, quizá.- Vamos por las calles normales, con su edificación natural.- Es plena noche, siempre. Al fin llegamos a una puerta pequeña, baja, angosta, que no tiene hoja. Es sólo la abertura. La sigue un larguísimo y muy angosto pasillo, con paredes de ladrillos descascarados; esas paredes son sumamente altas. Mi visión calcula unos 20 metros. No hay techos. Se ve levemente un cielo negro que se mezcla con la oscuridad de toda

6 “(La amiga es Susana Pancaldo) anotación hecha posteriormente LA 5-3-89”, A. Kozameh agregó esta nota a mano, ya en el exilio, en una relectura de los cuadernos que hizo en Los Ángeles. NGDC.



la atmósfera.- Juntas una a la otra avanzamos a lo largo del pasillo. Y avanzamos, y avanzamos, como si se tratara de esa “nuestra casa” de la que hablaríamos. Caminamos seguras de estar dirigiéndonos a donde nos proponemos. Es larga la caminata. Finalmente llegamos a una puerta muy pequeña, que abrimos, seguras, y atravesamos, cerrándola detrás nuestro. Ya no estamos tan seguras de dónde estamos. Porque nuestra visión es ahora la siguiente: comienzo por los colores que lo revisten absolutamente todo: plomos, grises, poco negro y gran cantidad de violeta oscuro, y algunos lilas.- El metal lo hace todo. Una especie de laberinto cuyas aberturas están frenadas por portones de grueso metal compuestas de cuadrados bisagrados que no ceden hasta tanto no se logre tocar uno preestablecido. Nos desesperamos. Tocamos y presionamos con las manos todas las puertas combinadas que encontramos. Hay un ruido de golpes de metal ensordecedor. Retumba el estruendo interminablemente. Tampoco allí hay techos. Es sórdido. Es desesperante. Las paredes y las puertas metálicas son altísimas. Al fin probamos presionar los cuadrados que forman un portón de los más poderosos, y logramos que una compuerta se dé vuelta sobre sí misma, se abra, y logramos salir por allí... Mi amiga pasa, y yo detrás de ella. Aparecemos en larguísimo pasillo oscurísimo, con las mismas características, paredes altas, muy altas. Caminamos a su través, y al tiempo percibimos una luz muy suave, que nos indica el fin del pasillo. Llegamos a esa salida, que es sumamente estrecha y da a una calle común; raramente, es pleno día. Salimos y, más tranquilas, comenzamos la caminata hacia “nuestra casa”. Pero llegamos hasta un chalet enorme, con paredes y ventanales de vidrio ubicado en medio de un gran jardín-parque, con césped verde, plantas, flores. Ascendemos a él por una escalinata limpia y muy iluminada por el sol. Llegamos así a un living amplísimo, con cómodos sillones donde espontáneamente nos sentamos ambas. Por una puerta clara aparece una señora joven, aspecto moderno, con una bandeja en la que nos trae jugos de frutas. Los tomamos despacio, charlamos un rato, y luego nos decimos que nos hemos detenido mucho y que es hora, sí o sí, de volver a casa. Nos despedimos rápidamente y por la misma escalera volvemos al jardín y a la vereda; en cuanto la pisamos todo se oscurece y se hace noche cerrada absoluta. Nos desesperamos nuevamente, y caminamos siempre apuradas por regresar. Pero entonces, en medio de la noche, alcanzamos a ver a lo lejos luces en alto. Es la procesión que se acerca lentamente.- Otra vez el ritmo sincopado profundo de los tambores: Se acercan: Las túnicas blancas, los brazos en alto sosteniendo antorchas. Pasan frente a nosotras. Y como inducidas por una conciencia de la realidad que casi nos devora, nos miramos y nos introducimos en la fila, nuevamente una al lado de la otra, nuevamente vestidas con las túnicas



y las antorchas. Así, conmovidas íntimamente, proseguimos el camino. Allí me despierto sobresaltada. (C 1, pp. 8-12)

Desde hace diecisiete meses me repito,⁷
me repito,
deslizándome en una oscuridad de selva.
Siempre a través de una intención fija: es apurar mi paso
apretado, metido casi, contra el cordón de esta vereda
definitivamente rosarina. Sin embargo una succión premeditada
se me opone, enloquecida, desde los omóplatos.

No caigo de espaldas. No me detengo.

No intento escapar ni con el instinto.

Sólo pretendo apurar el paso

El sol de Rosario me enciende los hombros. Y la frente y los párpados

Y en forma de cálido engendro me conforma

en el íntimo adentro

un yagüareté;

que asoma, fogoso, por bajo mis uñas

¡Ah, el yagüareté!

Soy, ahora, un yagüareté impedido de acelerarse en su recorrido.

Hasta aquí no se ha escuchado ni un solo sonido.

Pero de pronto me despierto

rugiendo,

rugiendo, ahogada. Y advierto

que mi intención repetida es apurar mi paso comprimido
entre un techo,

unas pocas baldosas

y dos altísimas inalcanzables

ventanas. (C 1, pp. 2-3)

(112) – 4-7-78.- Carta a Lulú, en su cumpleaños no. 47.-⁸

“Los incansables en el caminar ejercen un día, por fin, un patrimonio: el inconmensurable imán que cierra las extensiones abiertas entre sus ojos y lo que son capaces de ver.

7 Este poema sin título había sido escrito por Alicia Kozameh en la Alcaldía de la Jefatura de Rosario, pero se lo sacan en una de las requisas. En la cárcel de Villa Devoto lo rememora y lo vuelve a escribir en el cuaderno 1, el 24-2-77. Esta fecha está precedida del número 5. NGDC.

8 Luisa Montaldo (“Lulú”) es una de las detenidas políticas que estuvo con Alicia Kozameh en el pabellón 31 de la cárcel de Villa Devoto. En 1978 Alicia tenía 25 años cuando le rinde homenaje a Lulú que cumplía 47 años. El saludo de cumpleaños es, también, de despedida porque Alicia ya sabe en ese momento que se autorizó su salida. A renglón seguido en el cuaderno escribe con mayúsculas: 7-7-78: ¡FIRMÉ LIBERTAD VIGILADA!.- Alicia salió de la prisión recién en diciembre de 1978. Agradezco a Alicia Kozameh los datos que me dio sobre esta carta, en la conversación que tuvimos el 6 de enero 2026. NGDC.



A vos, ¿qué puedo decirte a vos, vieja, que no sea una forma de convicción y certeza íntima acerca de fulgurantes culminaciones? Nada menor te cabe, nada menor me nace.

Esto, lo de las culminaciones, hoy puede aparecérsenos desdibujado. Ante la palabra misma, ante el sonido débil con que la pronunciamos, próximos a no poder mirarnos (¡el dolor! ¡el dolor de los innúmeros desgarramientos, la pena ancestral, las doloridas encías entumecidas en la presión de dientes respondiendo a la imposibilidad pasajera. Ese dolor completado con cierta cuota de rabia crónica; el dolor que nos salva, la rabia que nos rescata, la pena que nos reivindicada, porque en su verdadero sentido hemos ido mucho más allá de ellos!) entornamos los párpados y dejamos asomar soñolientas pupilas pensativas.

Para qué más palabras si para los esenciales nos basta la profunda mirada. La mirada en común, la colmada de días y días iguales, y distintos. La que nos conduce por el cauce de la inevitable síntesis. De la insoslayable visión panorámica, totalizadora del gran trayecto humano.

¿Qué puedo decirte si no lo equivalente a manifestarte mi contenido más patente, que se refugia, tímido, en el mismo punto vital que el que te ennoblece?

Un sentimiento anterior a todo, en ambas, nos unifica. Un sentimiento que nos signó, finalmente. Determinante del único ritmo al que pudieron incorporarse nuestras vidas: el ritmo, la cadencia del riesgo, de la exposición, de la búsqueda nunca serena. De la inquietud despertada en todos los instantes. Siempre en pos de un mundo suavemente redondeado, regocijo del tacto de los hombres; perplejidad de vacío para las garras acostumbradas a sostenerse de lo escarpado de las superficies.-

Y en ello nos hemos desplazado por nuestro suelo, bebiendo sustancia de tierra sembrada. Desarmándonos por comprender el elemento del que nos nutriéramos. (¡Cuánto, vieja, cuánto somos felices de haber logrado que, mezclada en la sangre, circule la savia espesa, la que nos fortalece adheridos a la tierra, a la latente tierra, única sabiduría!).-

Y el esfuerzo nos devolvió la satisfacción de habernos esforzado. Cada uno fue una planta en la gran vegetación. En cada planta reverberó el sol en el instante indicado. De tantos, muchos quisieron ser arrancados de raíz. La mano fue torpe y las raíces se rompieron; ese silencioso sonido, el mullido hormigueo imperceptible a oídos enfermos, estamos escuchando: el que nace del arduo, callado, vivencial trabajo reconstituyente, del tejido.



Vos y yo lo sabemos y enmudecemos de emoción, y orientamos las pupilas repletas de vectores en movimiento, para reforzar, ahora con el deseo fervoroso, aquella de la que estamos como arrancados.

Y entonces retorno al comienzo: los incansables y el ejercicio de un preciado patrimonio: el triunfo.-

Sí, vieja, yo he escrito hoy para vos por tu cumpleaños. Y nada digo de él, salvo que no en todos los hombres un año más significa una cuota más de oxígeno, una nueva exclamación orgullosa, otra sugerencia en función de la vida, acumulándose junto a tantos anteriores.- Mi cariño, por todo esto, por vos, crece y crece, siempre.- Alicia.”.- (C 2, p. 26)

EL SÉPTIMO SUEÑO⁹

(fragmentos)

Primer sueño¹⁰

Todos se abren paso con facilidad, casi siendo succionados hacia una visión de la misma silla marrón de la diapositiva. Y en la silla esa hermana -hija muerta-, viva.

La diapositiva repitiéndose en el fondo oscuro y reseco del galpón de Druzzo.

Cara amoratada y sangrante; y un color agua en los ojos negros. Llorosa, latente, incapaz de reaccionar ante ningún estímulo, en manos de dos hombres de guardapolvos blancos, zapatos y pantalones blancos; los que le ocasionaron la mayor de las torturas: la de nacer semi-muerta.

Esa hija reconoce en los que rodean a la hermana muerta en el fondo del galpón la misma estatura que la de los que entran con esos tres seres de una misma familia.

La misma estatura, el mismo fabricado ritmo de caminar, los mismos ojos ubicados un poco más a los costados de la cabeza que lo normal, los mismos labios violáceos y resacos. Los mismos hombres. Los mismos hombres torturando a la hermana muerta y entrando con

⁹ Alicia Kozameh. *El Séptimo sueño*. Presentación y lecturas críticas a cargo de María A. Semilla Durán, Córdoba: Alción Editores, 2026. Los números de páginas que figuran al pie de cada una de las secuencias aquí reproducidas corresponden a la edición citada. El análisis de esta novela forma parte del trabajo de María A. Semilla Durán, “Transitar entre los géneros: ficción testimonial, mediación onírica y auto ficción poética en la obra de Alicia Kozameh”, también publicado en esta entrega de Cultura Latinoamericana. NGDC.

¹⁰ La novela está dividida en tres planos narrativos bien diferenciados: 1) Los sueños soñados en la cárcel, en el pasado, por la protagonista, *esa hija*, alter ego de la autora. 2) Los retazos de conversaciones mantenidas por las compañeras presas en la cárcel. La temporalidad es la misma que la del primer nivel. 3) El intercambio entre la expropiada y el excarcelero, cuyas posiciones de poder se han invertido, en un futuro indefinido. Los subtítulos de los fragmentos son míos. MASD.



ellos al galpón. Los mismos dos hombres avanzando hacia el fondo y fundiéndose en solo una posibilidad.

Cuatro que son la misma cosa. Muchos que son uno solo.

“¿Viste, papá, que está viva? ¿Viste? Viva y a punto de morir.”

El padre mira a esa hija viva; la mira consternado, infantil. (pp. 107 - 108)

Conversaciones entre prisioneras

-¿De dónde sos?- Patricia mira de frente a la compañera, la investiga.

-De Rosario.

-¿Cuándo caíste?

-En el '75.- Los ojos de la compañera brillan. Se apoya en la cucheta. Se va dejando caer. Al final se sienta. Se queja de un dolor en el pie derecho. Siempre le duele.

-¿Tenés hermanos?

-No, ahora no. Antes tenía una hermana.

-Murió.

-Sí. Era enferma.- Los rulos castaños se mueven. Se recuesta, como si tuviera sueño. Pero está completamente despierta.

-¿Tus viejos?

-Viven en Rosario.

-Entonces sos hija única.- Patricia insiste en el tema y espera la respuesta con curiosidad. Es interesante saber si se es o no se es hijo único cuando se ha tenido un hermano que ahora está muerto.

-Pero como si no lo fuera- contesta la compañera, clavándole la mirada a Patricia, hecho habitual: usa los ojos para muchas cosas, entre ellas para clavar miradas.

-La llevás adentro, a tu hermana- dice Patricia con la cabeza baja, como si hubiera rescatado la oración de adentro de un pozo.

La compañera asiente con la cabeza. Mira de arriba abajo a Patricia, que sigue investigando:

-Qué lío en la familia. Una tortura, ¿no?

-Un quilombo.

-Y vos ahora en cana. Tus viejos qué dicen.

-Sufren. Digamos que yo soy esa hija que ellos habrían querido que no fuera.

-Te querían casada y con hijos- gesticula Patricia, brazos largos y fuertes.

-Sí, pero nada de eso. Soy justo lo otro.- Se ríe, estirando la mano y alzando del suelo un papel azul.

Patricia le saca el papel, lo mira con sorpresa, y pregunta:

-¿Vos dibujás? Esta cara está bárbara.



-Si tenés pibes te puedo dibujar algo para que les mandes.

-No, pero para mi viejo.

-Bueno, avisame cuando quieras. Tengo una cola como de treinta para el día del niño.

-Che, y...- empieza Patricia, sentándose en la cucheta de al lado.- ¿Y te parece que te queda mucho adentro?

-Qué sé yo. No les veo entusiasmo por largarme. ¿Y vos?

-Consejo de Guerra. Nueve años. Voy a empezar a tejer para los nietos de mis sobrinos.

Se miran, se comunican, se largan a reír. Después de un silencio la compañera vuelve a hablar:

-Están locos- sonrío.

-No tanto- dice Patricia levantando las cejas, abriendo mucho la boca para remarcar cada sílaba.

-Pero van a estar. Van a estar- promete la compañera levantándose, girando en redondo e intentando un paso de baile que termina en un golpe en la rodilla contra el metal de la cucheta, y en otra carcajada. (pp. 108-110)

Díálogos entre exproisionera y excarcelero

¿Qué quiere que diga? ¿Qué quiere que escuche? No voy a entrar en esa vorágine de tratar de defenderme. Defenderme sería como un destrozo. Y no estoy con paciencia para juntar pedazos.

-Dijimos conversar. No hable así. Eso no le sirve a nadie.

-¿A nadie? Me sirve a mí. Para enterarme de lo que tengo adentro.

-Si lo que tiene adentro es eso, trate de convertirlo en algo distinto.

Lo que usted tiene adentro no le sirve a nadie.

-¿Qué tengo adentro, yo, señora?

-No me lo pregunte a mí.

-Se supone que yo debiera saberlo.

-Usted lo sabe (pp. 111-112)

-Estoy lleno de odio. De odio. ¡Los odio, hijos de puta, idiotas! ¡Malditos hijos de perra, ¡qué mierda se creen que son!

-No le permito que diga una sola palabra más, señor.

-Están todos locos.

-Cállese.

-¡Y me hacen callar! ¡Ustedes! Señoras: todas en hilera contra la pared. Manos atrás. Mirando al piso. No quiero escuchar ni un solo sonido. Celadora: me las requisa a todas. Una por una. Desnúdelas. Hágales sacar la ropa interior. Completamente desnudas. Me lleva al despacho lo que encuentra y a quien se lo haya encontrado. Dije silencio. ¡Silencio, dije! No tienen nada que hablar con las demás. No se



olviden de que son presas, delincuentes subversivas. Celadora: me las requisa a todas...

-Le dije que se calle. Aquí ya no hay presas. Estamos usted y yo solos, señor Ramírez.

-¡Ah! ¿No? ¿Y qué es esa hilera de pantalones que veo allá, todos de pie?

-¿Cuáles?

-Todas esas mujeres en hilera.

-Son hombres.

-Tienen puestos los pantalones del uniforme, pero son mujeres.

-Son sus compañeros.

-¡Qué compañeros! Celadora: ¿qué pasa ahí? ¿Alguna descompuerta? Se queda parada, usted; no debe estar tan enferma. No se preocupe. Aquí se le da asistencia a todo el mundo. Ya va a venir el veterinario para atenderla. ¡Subversivas! A ver usted. ¡Muévase! Salga de ahí que tiene que pasar la guardiana. ¿Qué quiere decir con eso de "compañeros"?

-Lo veo mal.

-Estoy muy bien. Las horas del atardecer me conmueven, y más todavía cuando estoy dirigiendo una requisa.

-Intente calmarse.

-Ese suspiro, señora, no denota cansancio.

-No estoy cansada. Cálmese.

-En su honor.

-Parece fácil.

-Es fácil. La veo a usted y ya no tengo nada más feliz que imaginar.

-Síntese. (pp. 116-117)

OFRENDA DE PROPIA PIEL

Bosquejo de alturas¹¹

A

*aquel Rubén Aizcorbe,
el que caminaba por las calles
de Rosario, todavía vivo,
en el invierno de 1975.*

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas. Nada de intentar encontrarlos en un cielo azul, ni siquiera combinados con rojos o púrpuras de ciertos atardeceres. Sólo en sótanos. En espacios donde el

¹¹ A. Kozameh (2004).



aire es oscuro, y tan espeso que transmite las ondas de los crujidos, las pisadas de los borceguíes. De los grandes zapatos que golpean contra el piso superior. Sobre las cabezas aquí, sobre las cabezas allá, las cabezas y los extremos de los dedos. Que echan luz.

Tantos dedos y cabezas en movimientos desparejos, muchas veces apenas perceptibles, intercambian fulgores. Fabrican desde sus lóbulos y circunvoluciones cerebrales, y dejan salir a través de su cuero cabelludo y de sus uñas, una forma de claridad que las va iluminando y las retroalimenta en el silencio.

Por lo menos treinta cabezas. Y todas sin desórdenes genéticos. Seiscientos dedos. Trecientos de manos y trecientos de pies. Los formatos de todas las cabezas, sus pelos, responden a características femeninas. O sea: treinta mujeres vibrando y comunicándose, debatiéndose en una estrechez de espacio intransgredible, como glóbulos a lo largo de un vaso sanguíneo.

Y ciento veinte extremidades. Sesenta brazos y sesenta piernas. Nadie con un brazo demás, nadie con cola. Pielés más oscuras o más claras. No es posible captar diferencias. En realidad no hay diferencias. O no importan. Nadie puede sobrepasar límites, nadie puede expresar más de lo que las expresiones de las otras permiten. Hay medidas impuestas por las circunstancias externas, y proporciones determinadas en acuerdos mutuos. Hay que cuidar la condición que las hace una: la de estar vivas.

Hay fulgores. Son las miradas que se cruzan en el espacio. Son algunas palabras. De entendimientos. De desacuerdos. Se rozan, se frotan en el aire. Producen luz. Las pupilas se dilatan y pueden verse unas a otras. Se ven y se descubren intentando moverse, mirarse. Les da risa el movimiento. A los fulgores se agregan sonidos. Se ríen, ahogan las carcajadas, las desatan. Recuerdan los límites. Se callan.

El aire es una masa de pensamientos que irrumpe por todos los orificios de todos los cuerpos, y los obtura.

Hay superficies ásperas. Cementos. El cemento del calabozo del fondo. Perfecto para limar hueso. Raspar y raspar. El polvo blanco que va quedando se volatiliza, cree desaparecer. Pero por dónde. Por dónde. El pedazo entero que la mano sostiene y todavía frota y frota inflamada y caliente, se transforma hasta ser un anillo. Un llavero, un colgante. Una aguja y saliva, el ácido de la saliva y el movimiento de la aguja para darles forma a los pétalos de la flor, al pico del ínfimo pájaro tratando de arrancarse en vuelo desde el anillo, a las manos entrecruzadas que juntas no alcanzan a medir medio centímetro. Para una con dedos delgados. Como Chana.

Hay superficies ásperas. El cemento del calabozo. O la piel. La piel como se pone en los sótanos.



El ruido del metal. Las rejas golpeando contra la pared húmeda. La celadora enclavando todos sus ángulos, su nariz y sus dientes, a la entrada del pabellón, para largar el alarido: *Está prohibido raspar huesos en el cemento, y ustedes ya lo saben.*

Y otra vez el ruido del metal. Y del candado.

Susana está parada frente a la reja y no emite sonidos. Sólo eleva el lado izquierdo del labio superior y entrecierra los párpados. Gira y camina hacia el calabozo. Con el hueso en la mano raspa y raspa. La piel de los dedos se le va desprendiendo mezclada con el polvo blanco que llena el aire.

Las pieles. La epidermis y todos esos orificios. Para que entre qué. Para que no entre qué. Treinta pieles. Treinta texturas. Y de muchos orificios salen pelos.

Tantos pelos por todos lados. Y sólo una pinza de depilar, que se mantiene con los demás tesoros: la radio a transistores, el reloj pulsera, los tres tanques de biromes y las dos agujas de coser, debajo de la baldosa suelta del baño. Que les ocupó el trabajo de más de un mes levantar y ahuecar en el concreto. Hay brillos. No son las agujas, que están bajo las baldosas. Son algunas palabras que corren entre bocas y oídos. Sesenta oídos, treinta bocas. Que van de uno a otro. Sonidos significando *Susana, hacé menos ruido.*

Brillos que pueden ser palabras, o la energía de una cucaracha en su recorrido hacia la cueva.

O el sonido de la respiración de Maura que sin embargo es tan sana con toda su vejez y su mal humor. Sus carnes duras, tensas. Su pelo grueso, tenso, sus iris gruesos, tensos. Sus ceniceros, platos, hechos de arroz blanco amasado, de ese arroz que les repartieron a modo de almuerzo más o menos tres meses atrás cuando todavía les daban alguna comida, y cuyas sobras ella aprovechó para entretenerse, crearse una tarea, una tarea gruesa. Tensa. Los ceniceros blancos, secos, acumulados bajo su cama.

Brillos que pueden ser la energía de una cucaracha tratando de llegar a su cueva, o el sonido de la respiración de Maura.

Maura respira. Y respira Griselda al concentrar en un punto del espacio, de la oscuridad del espacio, los diversos formatos de imaginación y de memoria que le permiten reconstruir las páginas de *Gran Sertao: Veredas*, los episodios, las metáforas -tanto que todas necesitan la metáfora- para la reunión de mañana a las dos.

Mañana le toca a Griselda reconstruir una novela leída en libertad, para las demás. Y Andrea, si la información que dé Griselda es suficiente, tiene que escribirla en cinco papelitos de armar cigarrillos, con letra milimétrica, usando uno de los tanques de birome del tesoro. Y



hay destinados veinte al *Anti-Düring*. Trabajo de Dora. Quedan menos y menos papelitos, pero la biblioteca crece.

Y Liliana, especializada ya, después de tantos, armará el vaginal. Impermeable, envuelto en capas de polietileno de alguna bolsa entrada en épocas en que todavía se les permitía depositarles alguna comida. Sellado con brasa de cigarrillo. Y adentro. Con o sin menstruación. Hasta ahora han logrado evitar que en las requisas les metan los dedos. Todo lo que se ha estado guardando vía vagina, se ha venido salvando. Y la biblioteca es indispensable. Contiene sus pensamientos. Su caudal intelectual. Su aprendizaje. La enseñanza de unas a otras. El intercambio. La justificación de resistir. La biblioteca confirma la existencia de todas. De cada una.

Es tan sana Maura con sus sesenta y cinco años. Y tan dura.

Fulgores. Hay ciertos estallidos.

Los de los ojos de veintiocho de las treinta cabezas. Disminuyendo. Amainando. Hasta el día siguiente. Dos, alertas. Dos cada dos horas. Hay que velar por el descanso de la mayoría. Hay que tratar de captar los movimientos en el piso superior. Entra gente. Sale gente. Emergen sonidos. Gritos de dolor. Carcajadas. Música. Insultos. Hay que tratar de enterarse con cierta anticipación de lo que sea que los que caminan por arriba decidan sobre sus cuerpos. Hay que vigilar a los que las vigilan.

Después, largo el silencio. Berta y Mónica en el rincón de las guardias, esperando. Y nada. Nada para interpretar. En los últimos cuarenta minutos, nada que sea necesario descifrar para el resto.

Y ahora un crujido. Un chillido metálico. Sus dos cabezas femeninas giran en la búsqueda. Y es adentro. Es Beatriz que mueve los elásticos de tejido de metal con su esfuerzo para incorporarse desde ese pozo que es la cucheta superior. Y pega el salto. Beatriz, que va a orinar.

Con sus pasos cortos. Lentos. Para no desatar una reacción de los policías que las apuntan desde arriba, desde afuera, con los caños de los fusiles, a través de las rejas de las ventanitas del sótano. Entreabre la puerta. Se mete en el baño. Regresa rápido. Mueve una mano para Berta y Mónica, que mueven sus manos para ella. Nada nuevo. Apoya su pie en el borde de la cucheta inferior. Sin querer despierta a Silvia. Salta. Y se hunde en el pozo de metal tejido.

Silvia gira hacia un lado y hacia el otro en su propio hundimiento. Siente la presión de la vejiga. El balanceo de su cama por el regreso de Beatriz siente, y la presión de la vejiga. Asoma los pies. Camina lento y a pasos largos, apoyando los dedos más que los talones. Entreabre la puerta del baño. Sale muy pronto. Enfoca a Berta y a Mónica con los



ojos muy abiertos. Ellas niegan con la cabeza. Llega a su cucheta. Se apoya en el borde, entra y se tapa. Sacude un poco a Beatriz.

Dónde la alegría. Dónde. La alegría.

Un reflejo. Como de luz. De espejo. Que pasa a velocidades supra-humanas. Que cruza recto por los espacios que todavía quedan entre unas y otras. Por las distancias que encuentran entre unos sonidos, palabras, y otros, entre un gesto y una expresión que lo completa. Un reflejo. Como de luz. En el que ellas ven sus propias caras, sus propias pestañas protegiendo los ojos, sus propios dientes. Pasar. Sus propios párpados y frentes circular a velocidades sin registro. Pero están entrenadas en la rapidez de acción, y alcanzan a saludarse y sonreírse. Y a saludarse una vez más.

Se ven, se hablan, arman conversaciones hilvanadas. O se desconocen a sí mismas. O se interrogan y se dan una respuesta. O sólo se observan extasiadas por todo el tiempo que dure la alegría.

Pero no esperan nada. La alegría es parte de lo que va a venir sin esperarlo. Tiene que estar allí. Tiene que haber.

La sábana se va extendiendo. Cuatro manos, dos de cada extremo, la estiran y van sosteniéndola de los bordes de las cuchetas, apretándolas entre el colchón y el metal. Eso va a ser el telón, el fondo del escenario.

Más de veinte cabezas se esfuerzan hacia arriba, para tratar de entender los movimientos preparatorios. El grito *No espíen* vibra y provoca risas. Y más risas.

Que quedan girando sobre su propio eje, en ronda, metiéndose en los huecos, como humo, esperando la llegada de las próximas.

Unos dedos apareciendo por detrás del telón anuncian el comienzo y mientras las voces, ruidos, no paran, un guardia pretoriano se mete por debajo de la sábana imponiendo el silencio.

Las cabezas se envían reflejos, los ojos se abren y se cierran en la excitación, cómo lo hicieron, de dónde sacaron tanto papel plateado, cómo armaron las sandalias, y el guardia pretoriano blandiendo la escoba como lanza y respondiendo *De los paquetes de cigarrillos que quedaron del año pasado. Pero si e grupo teatral que debuta el viernes próximo ya está planeando utilizar el mismo recurso, va muerto: los usamos a todos.* Y los gritos del público *Callate, pretoriano, que te vamos a expropiar el papel plateado ahora mismo. ¡Que empiece de una vez!*

Y Cleopatra. Asomando medio cuerpo y rodando dentro de las toallas que hacen de alfombra, surgiendo desde el enredo y recostando su cuerpo sobre el piso de baldosas negras y descascaradas, cubierta por algún camión posiblemente de Maura por lo inmenso. Levantando las cejas y frunciendo el labio Cleopatra, mirando al público instalado a su alrededor y sentado con las piernas colgando de las cuchetas



superiores, echándole esas miradas seguro muy similares a las que la faraona lanzaba, arrogante, sobre sus súbditos. Por supuesto. Y carcajadas. Y Julio César envuelto en otra sábana irrumpiendo a los gritos, llamando *Cleo, Cleo, la luz de tus ojos violetas...* y desde el público *La de los ojos violetas es Liz Taylor, idiota*, y otra *Bueno, si es lo mismo*. Y carcajadas. Y Julio César contestando desde el escenario *Cómo que es lo mismo, por favor no insulten a mi reina*, y la reina, asumiendo su papel, arqueando la ceja izquierda, señal a la que el guardia pretoriano responde poniendo la lanza cabeza abajo y barriendo el piso.

Julio César es un viejo verde, que salga Marco Antonio, ¿no tienen un Marco Antonio ahí atrás?, viva Marco, Marquito, y Marco Antonio emergiendo entre bambalinas, envuelto en otra sábana y con los brazos en alto hacia el pueblo que lo aclama, y las carcajadas incrustándose en los espacios que dejan entre unas y otras las palabras *Este es mi pueblo, el pueblo por el que luchó, el que me justifica*, mientras Cleopatra no logra contener las lágrimas arrancadas a la risa que se le atasca en la garganta, y el público desde las cuchetas *Eso, eso, dale Cleo, decidite por Marquito*, y Cleopatra: *Pero lo de la alfombra era una atención para Julio, y éste está acá de puro metido*, y risas, y la reja metálica del pabellón abriéndose, de pronto.

Se abre, y tres fusiles automáticos livianos entran apuntando a la locuacidad de Cleopatra y Marco Antonio, en manos de tres policías uniformados, con dos celadoras como escoltas, todos ellos gritando *Entreguen la sábana*, y el silencio cortando el aire. Julio César preguntando *¿Cuál de las tres?, ¿la mía, la de Marco Antonio o la del telón?* Y las carcajadas otra vez, y las mujeres del público *Celadora, ¿para qué quieren la sábana?* El policía balbuceando *Señoras, no se olviden de que ustedes son presas. Y saben muy bien que está prohibido el teatro aquí abajo. Entreguen la sábana*. Cleopatra aventurando *Si la quieren sáquenla ustedes*. Y los caños de los fusiles enganchando el lienzo blanco, tironeándolo y arrancándolo. Y los policías con sus-escoltas retrocediendo y apuntando, retrocediendo y saliendo, cargando y enarbolando su trofeo, su estandarte. Haciendo mutis por el foro. Y el ruido del candado. Y Andrea desde el fondo del pabellón desarmando su cama y atravesando las flechas de luz de tantos ojos, *Aquí va otra sábana*, las manos estirándola, volviendo a construir el escenario.

La pared y la humedad de la pared, los cables eléctricos atraviesanla desde quién sabe cuántos años, triturados, transmitiendo la corriente hasta los hombros que se apoyan, las cabezas. Las cabezas iluminando el muro con los ojos, que se desplazan, buscando el origen de cada movimiento. Del sonido.

Es Flor. Que se rasca. Flor que se irrita la psoriasis de las piernas con las uñas cortas y rellenas de piel volátil. Blanca.



-*No re rasques*, la voz aguda, *te estás arrancando los pedazos*. Verónica explora los movimientos de la mano de Flor, repite el tono profesional, *Frotate con la palma, o echate agua*. Flor se da vuelta con pómulos indiferentes y obedece. Se frota con la palma. Camina lenta hasta el baño y se echa agua.

Claudia asoma los brazos desde las cuchetas del fondo del pabellón, desde el rincón de las noticias, y llama. Todas las frentes tensas giran hacia ella. Van dos y vuelven, a informar al resto. “Tres delincuentes subversivos fueron abatidos por fuerzas combinadas del ejército y de la policía en un operativo regular llevado a cabo en horas de la madrugada de ayer. Cuando los efectivos del orden intentaron reducir a los ocupantes de la vivienda ubicada en el número 126 de la calle Uriarte, uno de ellos una mujer joven con varios meses de embarazo, éstos resistieron provocando un tiroteo en el cual los tres terroristas resultaron muertos. Hasta el momento sólo se conoce la identidad de la mujer, de nombre Marisa Elsa Sierra, oriunda de Los Ralos, provincia de Buenos Aires.”

Claudia a cargo de mantener informadas a las treinta cabezas. Sacude los brazos y el flequillo negro y lacio que le bailotea sobre las cejas italianas, en ángulo. Desde detrás de la cucheta de Maura, oculta por el cúmulo de ceniceros de arroz y las pilas de elementos misteriosos que atesora la vieja. Claudia transmite lo que suda y lo que escucha. Por los poros del cuello y de las palmas larga un líquido que es casi orina. *Dicen que resistieron*. De alguna boca sale *Marisa no tenía armas ni nunca las tuvo*. Y lo espeso. Lo espeso del aire se solidifica inmovilizando brazos y cabezas por un momento.

Cuidado, escondan la radio. Viene la comida. Berta girando hacia atrás su rostro y captando sonidos metálicos de olla y cucharón como un radar, de llaves y de pies contra los pisos de baldosas, *La celadora*, y abre la reja la celadora, rubia de rulos adheridos al cuero cabelludo, con un tic que le hace cerrar el ojo derecho cada cuarto de minuto, y la otra pálida y ojerosa y-de pelo negro y lacio, recogido con una hebilla plateada en la nuca. La ojerosa con la gran olla en las manos, con expresión de agarren esto, y Olga extendiendo los brazos todavía inmóviles, automáticos, Olga encargada de recibir y distribuir la comida de hoy, junto con Telma. Mañana Sara con Teresa. Los ojos de Olga aproximándose al interior del contenido líquido y grisáceo. Pronuncia *Sopa otra vez* mientras las celadoras cierran las rejas y se van.

Y la rubia de rulos se vuelve hacia la reja, asoma su nariz entre dos barras de hierro, pega los pómulos y aclara *Desde hoy, sopa sin huesos. Prohibido fabricar anillos en los calabozos de cemento*. Y esboza una sonrisa de dientes abiertos y amarillos. Como huesos. Como los



mejores caracúes, los más duros, los que pueden usarse también para pendientes delicados.

Olga hace bajar los ojos al fondo de la olla y corrobora la ausencia.

Y varias cabezas de las treinta se inclinan hacia el líquido opaco, lo estudian y deciden que antes de que se enfríe, hay que tomarlo. El largo mesón de madera astillada y sin pintura recibe el sonido de los platos de metal y lo absorbe, lo acalla, lo hace neutro. Los platos de metal reciben el sonido del líquido cayéndoles, y lo absorben, lo acallan, lo hacen neutro. El líquido ahoga el ruido de cucharas buscando alguna solidez, pedazo de algo, y lo convierte en un movimiento ansioso y continuado. Una cadena de manos dándole forma al aire, moldeando el recorrido vertical hacia las bocas. Hacia las gargantas, que permiten el paso de la historia arrastrada por los líquidos salados sin origen, con origen en vegetales pálidos y secos. Hacia atrás y hacia adentro, a circular por treinta esófagos tensos, a la espera. Atrás y adentro la historia, a ser digerida y transformada en quién sabe qué, en cuántas cataratas internas, silenciosas. En qué formatos de lagos y espesuras, en qué esplendor de rincones. En qué coros. En qué conjuntos de voces mañaneras. En qué gritos.

Telma termina el líquido y levanta de la mesa el plato y la cuchara, y del banco los muslos y los glúteos anchos levanta, ablandados. Y camina. Y los demás pies caminan. Y las cabezas se van trasladando una tras otra, y los platos son transportados por las manos. Y apilados dentro del lavatorio del baño. Olga lava.

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas por la potencia del hambre.

Los cuerpos livianos, somnolientos, acomodan sus células a las ondulaciones de las camas. Los párpados cayendo sobre toda la cara. Sobre toda la piel. Sobre los hechos.

Hay fulgores. Son el frotamiento de las moléculas que conforman los músculos y las paredes del estómago. Salen por los ombligos, por las bocas, se encuentran en el aire, chocan, producen luz. Llamen la atención de las cabezas, se levantan los párpados, se cruzan las miradas, se reconocen, se hablan, Carla dice *Les cuento una película. Las que quieran escuchar Butch Cassidy que se acerquen*. Y treinta estómagos se ubican rodeando la cama de Carla, sobre el-piso, colgando de las cuchetas altas, sentándose en las bajas. Y se abren. Se abren para deglutir los gestos, las miradas, las palabras que Carla pronuncia letra a letra, los colores. Los sepías, los caballos, la bicicleta mágica. La música, los trenes. Los marrones del sol. Los ojos de Paul Newman. Los disparos. El movimiento de sombreros.

El polvo y el sudor adhiriendo los cuerpos al camino. Los vestidos frondosos de la amiga. Las maletas. La luz de los desiertos. Los miedos



transmisibles. La agonía detenida en el brillo del cielo azul. La muerte suspendida en el aire caliente, boliviano.

Las cabezas, los brazos, los pies, tratan de olvidarse de las vísceras. Sara flexiona con insistencia los dedos de su pie derecho, los aprieta, los abre. Los estira. Desde su extremo opuesto los observa, los mide, los calcula. De su boca semiabierta sale *Debe estar por llover: me duelen los juanetes*. Las cabezas se levantan contra el aire oscurecido y los ojos atraviesan el tejido de alambre y las rejas de las ventanas altas, imposibles. Por el espacio de medio metro de abertura, allá arriba, pueden darse una idea del estado del cielo. Tratan de investigar, se movilizan, recuestan sus cuerpos contra las paredes, los alargan. Se deslizan. Toman distintos ángulos. Sólo logran un gris como de plomo, que tanto puede ser un cielo de tormenta como un atardecer filtrado por las sombras.

Segundos, gestos, minutos, ademanes. Liliana, Elizabeth y Telma aumentan, se duplican, son su propio discurso, sus clases de anatomía, de francés y de historia. Los tres grupos se chistan, *Bajen la voz, no dejan trabajar al resto*, coinciden en la forma de expresarse, cada una es, a veces, espejo de las otras. Se ríen. *Yo no estoy gritando, sos vos, Liliana*, grita Telma, y Elizabeth las mira incrédula y les grita *Cállense que mi grupo se distrae*. Y avanzan las tres clases en silencio. Y el tiempo avanza a saltos y en silencio. Hasta que Andrea y Celia, desde sus puestos de guardia, agitan brazos, músculos de las caras, muestran dientes, señalan hacia las rejas de la puerta, *Dispérsense, alguien viene*. Las integrantes de los tres grupos se separan, se mueven, se tensan hacia el frente del pabellón. El ruido de candados. Las rejas abriéndose. Dos celadoras, una con todas las llaves en la mano, la otra con el gran recipiente metálico balanceándose y despidiendo vapores de quién sabe qué, pero caliente. Susana ve a la celadora de las llaves mirar hacia las zonas donde se habían estado dando los cursos, le sigue la mirada, revisa si no han quedado apuntes, papeles en las camas. Gloria también se alerta, se moviliza con las treinta cucharas, haciéndolas sonar, hacia la larga mesa de madera, desvía la atención de la celadora, o trata. *Qué estaban haciendo, señoras, ya saben que aquí no se dan clases ni se canta, esto no es la universidad, ni se reúnen en grupos de más de tres, así que cuidado le sale a la celadora de la boca abierta. Esta comida es muy poca* contesta Olga. *No alcanza*. Y el ruido del candado. La ojerosa de pelo negro se vuelve, aclara *Tenemos orden de darles esa-cantidad, señoras. Eso es lo que nos traen para todas*. Y sale, con su hebilla plateada incrustada en la nuca. Y la rubia: *Y agradezcan que hay algo. Y que están vivas*. Y se aleja con pies de policía. Silvia mira la cara de Claudia, Claudia observa a Susana, Susana presta atención a Elvira,



Elvira investiga a Dora y a Leticia. Telma distribuye polenta, saca de un plato para completar otro, mide, calcula y raspa el fondo de la olla.

Acérquense al faisán, princesas grita Olga, y algunas risas, sonrisas lentas, se dan lugar alrededor de la mesa de madera.

Llueve sentencia Sara, y algunas detienen sus cucharas, observan el hilo de agua que está filtrándose por alguna brecha entre el alambre tejido y las ventanas. Las otras comen. Se observan entre sí comiendo, y comen.

Olga recoge los platos de la mesa. Telma lava.

Otra vez los candados, las rejas que se abren, las dos celadoras y dos más, del turno de la noche, gritan *Recuento, señoras*, las cabezas se forman en hilera, *Las manos atrás* grita la rubia, y cuentan, se ponen tensas, *Dónde está la que falta*, vuelven a contar, *Contesten* dice la ojerosa, *Se escapó por el techo* se ríe por lo bajo Sonia, *Se calla señora y me contesta*, y aparece Telma desde el baño con las manos chorreando espuma y a los gritos, *Una rata en el tarro de basura, celadora*, y todas las caras risueñas y asustadas. *Señora, póngase en la fila y en silencio. Están todas sancionadas* pronuncia con los dientes una del turno nuevo, y Sonia *Y con qué nos van a castigar si ni comida tenemos, celadora*, y escuchan las rejas golpeando contra el marco de metal, y el candado estridente, y las cuatro mujeres de uniforme yéndose, y algunas risas, insultos, quedan movilizándose en el aire oscuro, girando, rotando, disminuyendo la energía. Vuelve la ojerosa y se asoma y deja salir *Ustedes que son tan creativas debieran saber que siempre hay alguna forma nueva, diferente*. Y Sara: *Parece que usted es más creativa que nosotras, celadora*. Y treinta gargantas tragan saliva, y más saliva.

Casi todas se aproximan a Estela, Estela es el atractivo, el imán de la noche. Estela preparándose en una de las camas, haciendo girar sus dedos entrenados, armando cigarrillos, administrando el tabaco, *Se va acabando* comenta, *compartamos estos seis entre las treinta*. Estela asoma la lengua, humedece el papel, los va pegando. *Mojalos menos, que se rompen* sale de la boca de Berta, y Estela *Callate y fumá, que de estos privilegios quedan pocos*. Se miran entre sí. Y succionan el humo hasta el estómago.

Cada cigarrillo recién armado pasa de boca en boca, se termina. Las luces que se apagan, las cabezas, las mentes se acomodan al sueño. Emiten sonidos, palabras, risas de una cama a la otra, se hacen bromas, las de abajo meten los dedos a través de los orificios de los elásticos de las camas de arriba, las que se acuestan arriba insultan, con sus almohadas pegan a las de abajo, más bromas, más risas ahogadas. Pasos desde detrás de las rejas, una celadora que se asoma, *Señoras, basta de risas, es hora de dormir*, y se queda allí, callada, pispeando movimientos. Hada y Julieta están haciendo las dos primeras horas de guardia de



la noche. Se mantienen calladas, ocultas en un rincón entre el piso y la última cucheta, donde el foco de seguridad casi no ilumina.

Débora se mueve. Se la oye. Su colchón puede oírse, el chillido opaco, detenido en el aire. La respiración altibajante y hueca. El reacomodamiento de sus huesos. El roce del pelo lacio y duro contra el tejido rugoso de las sábanas. Hada abre los poros, presta atención desde su puesto. Débora gira todo su cuerpo, emite sonidos por la boca entreabierta, vuelve a su posición original, se agita, tironea las mantas casi con las uñas. Se tapa la boca con una de las manos, se incorpora, se sienta en la oscuridad como impulsada por un resorte contra la larga espalda, rígida, ojos abiertos, negros. Y lanza un alarido.

Las demás se despiertan. Se van sentando. Los *Qué pasa* dan vueltas, giran, se debaten, pueblan todos los huecos en el aire.

Débora contesta perfeccionando el grito, refinando el sonido, puliendo los acordes. Los cuerpos saltando de las camas, rodeando la cucheta de Débora, emanando agruras de miedo por los poros, soltando temperaturas de afecto y de silencio.

Pasos desde detrás de las rejas. Aproximándose y creciendo. La celadora con la nariz abierta *Qué pasa, señoras*, la voz de Mecha tocándole a Débora el hombro más cercano, el borde del cuello, de la nuca, *Qué es lo que te pasa*, y Débora, su encía enrojecida, calentada *Me duele esta muela*, se aprieta la sien izquierda con los dedos, *Le duele una muela, celadora*, y la celadora *Que deje de gritar la detenida. Que se calle*. Y Débora *Necesito un dentista, un calmante, me estoy volviendo loca, celadora, manden al enfermero*. Y la celadora *Baje la voz que esto no es un hotel de lujo, y si no se calla no llamo a nadie*. Y Débora *Necesito un dentista, un calmante*, aumenta decibeles, hace explotar los ojos de las cuencas, se le moja la cara, se mezcla la saliva con las lágrimas, *No aguanto el dolor despide, no lo aguanto*, y la voz de la celadora desde la sala de guardia *Ya le dije, si grita no hay calmante*. Yéndose, la celadora saliéndose del campo visual de Débora y de todas.

Una voz más, dos voces, *Celadora, por favor llame al enfermero*, sin respuesta. Y Débora hundiéndose en las oscuridades de su boca. En los orificios permeables de sus caries.

Se mueven. Regresan a sus camas. No vuelven a dormirse. Las luces de la noche exterior se mezclan con los reflejos de la noche interior. Se agitan entre sí. Unos a otros se gastan. Se consumen.

Débora no deja de emitir sus sonidos. Los treinta pares de ojos permanecen abiertos, pestañeando al ritmo de los insultos de Débora. Hasta que llega el día.

Y llega el recuento, la hora de la ducha fría, y el momento de lo que las celadoras llaman desayuno. Y después de haber tragado el líquido verdoso, las maneras distintas del silencio. O del ruido.



Andrea trata de concentrarse en el repetido y siempre cambiado relato del secuestro de Berta -*lo único que importa es la esencia, porque las interpretaciones pueden ser infinitas, éstos son hechos complejos* se justifica Berta al ver sonrisas irónicas flotando-, pero hay pequeños sonidos que la absorben. Que reconoce y la atraen. Y suceden afuera. Andrea se olvida de Berta. Lo que siente está sucediendo sobre la pared del sótano que habitan. Son golpes secos y seguidos contra la calle interna que rodea el edificio de la Alcaldía donde están y respiran. Va detrás del sonido con los ojos, busca el movimiento conocido, la vibración, el eco. Y persigue las ventanas. Y se trepa de un salto a la mesa apoyada contra la pared descascarada y fría, y espía por la ranura, entre la hoja y el marco de la ventana, y ve. Ve los zapatos, altos, marrones, lustrosos, de su madre. *Mi mamá dice, y está con otras madres.* Y los cuerpos se van desprendiendo de las cuchetas, se van alargando, parecen chicles estirándose en brazos y cuellos y ojos desorbitados, ávidos, hasta que ya no hay lugar sobre la mesa, *Vienen a dejar paquetes de algo* dice Silvia, y Andrea se resbala y cae al piso, y dos desde arriba la ayudan a recuperar sus diez centímetros cuadrados, se reincorpora al grupo, sube, aprieta el cuerpo contra la pared, la garganta contra el borde de madera, los labios redondos contra el alambre tejido, y los separa, y dice *Mamá* en voz baja, y disminuyen los ruidos y los chistidos en el sótano, los músculos se tensan, los tendones inmovilizan dedos y palabras. *Mamá repite, da un paso atrás sin que te vean, eso, da otro, otro más, cómo está papá, no digas nada, no mires para abajo que se van a dar cuenta. Te reconocí por los zapatos. Escuchame, grabate este número de teléfono, 252977, es de la familia de Débora Glovsky. No los busques ahora aquí, llámalos después, desde tu casa. Decíles que presionen por un dentista, que Débora ya no aguanta los dolores. Mamá, comprate zapatos nuevos. Éstos son de principios de siglo. Qué traen, por qué vinieron tantas madres. No me contestes. Nosotras estamos bien, pero no nos dan comida. Pidan por un dentista para Débora.* Y los zapatos marrones que se alejan un paso, dos, tres pasos más hacia adelante.

Los músculos en tensión se aflojan, los pies descalzos sobre la madera del mesón se mueven y hacen ruido, y van saltando hacia el piso de baldosas.

Da vueltas la pregunta *Qué estará pasando* de cabeza a cabeza, suspendida en el aire del sótano, golpeando contra una frente y otra, rebotando. Y disolviendo las miradas, la voz de Elizabeth *Andrea, tu mamá se está yendo*, y Andrea *Chau, mamá*, y la voz entrando a través del alambre tejido y de las rejas *Mataron a Juan Carlos*, y Andrea *¿Cuál Juan Carlos, mi primo o tu vecino?* Y la madre *Tu primo. Me voy a llamar al padre de Débora. Decíle que se calme.* Y los zapatos no se



detienen, no dejan de hacer su ritmo pegado a las ventanas del sótano. Y se pierden.

Andrea se sienta en la cucheta, los dedos descalzos contra el piso, los talones suspendidos, las rodillas abiertas, los codos clavándose en los muslos, las manos cubriéndole la cara. Dice *Por qué Juan Carlos*, Silvia se le aproxima: *¿El abogado?* Andrea quiere decir que sí, pero sólo mueve la cabeza.

Débora lanza un suspiro y después un grito, grita *Celadora, necesito un calmante* y se oyen pasos, desde detrás de la reja vienen, y es otra celadora, la del turno de día. *Tengo orden de no llamar al enfermero si grita*, mira curiosa, Liliana se acerca a la reja y le pregunta *Celadora, por qué había tantas madres afuera*, la celadora mira hacia atrás, hacia el área de la guardia policial, verifica que nadie está escuchando a sus espaldas, *Las han autorizado a traer paquetes una vez al mes, con algodón, dentífrico y papel higiénico, porque ya no va a haber visitas este año, ni el próximo* pronuncia, masticando las letras, triturando en la lengua las vocales. *Si hay alguna que no esté vestida se viste, señoras, que viene personal masculino.*

Olga y Elizabeth se acercan y preguntan *Qué van a hacer, celadora*, y *No sé* contesta, y da la espalda a la reja, se asoma a la guardia y grita *¿Ya llegaron?*, y la otra celadora dice *Sí, están esperando.* Y entran. Entran dos policías de uniforme con dos pistolas soldadoras y cascos protectores, y una plancha de metal cuadrada y gruesa. Y la apoyan contra las rejas de la puerta.

Treinta cabezas, sesenta brazos van moviéndose con la velocidad de las incertidumbres, van acercándose, van acumulándose en la zona, van intentando preguntar *Qué sueldan*, sospechando la respuesta.

Y ven las chispas saltar tocando el techo del sótano y cayendo, los colores, desparramarse en esa luz efímera y abierta, los ojos concentrados, casi en trance, viendo derretirse los tonos en el aire cada vez más espeso, aunque el tabaco se haya terminado.

Una, Elizabeth, Liliana, Berta, desde el fondo del sótano deja salir *Están tapiándonos.*

La plancha de metal cubre las rejas desde el piso hasta casi el techo, y deja una abertura de diez centímetros, arriba. *Si no tapan esa franja todavía vamos a poder espiar a las celadoras desde la cucheta más alta* dice Dora apretando la frente, los oídos, tratando de no oír el ruido de las máquinas, de no sentir el olor del metal recalentado, de no ver los colores del fuego en desparramo.

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas. Nada de intentar encontrarlos en un cielo azul, ni siquiera combinado con rojos o



púrpuras de ciertos atardeceres. Sólo en sótanos. En espacios donde el aire es oscuro, y tan espeso que transmite las ondas de los crujidos, las pisadas de los-borceguíes. De los grandes zapatos que golpean contra el piso superior. Sobre las cabezas aquí, sobre las cabezas allá, las cabezas y los extremos de los dedos. Que echan luz.

Somos este sótano, este nudo apretado de la historia, somos la fuerza y el ingenio con que nos desatamos. Somos la soldadura y cada chispa. El cuerpo de todas, somos. El gran cuerpo completo. Todo el cuerpo. Su sangre, somos, y los huesos. La piel y la respiración. Y la vagina del mundo, somos. La gran vagina. Somos la orina producida por toda la especie humana. La orina de la vida. Y somos el origen de la orina: el alimento. Y cada carcajada. Las distintas maneras de morir y de estallar en risas. Somos la destrucción del escenario y las infinitas opciones para reconstruirlo. Somos el lienzo blanco. Y esa parálisis del aire. Somos la comezón de la psoriasis. La gran psoriasis de la historia del mundo, somos. El tic nervioso activo durante las horas de sueño más profundo. El cuerpo, somos. Y el hambre de ese cuerpo. Somos la sopa dentro de la olla. Somos el hambre y lo que puede y no puede hacerse por saciarla. Somos el alarido en medio de la noche. Somos las dos muelas que faltan. Y sobre todo somos los caninos que han permanecido. El grito de dolor, las caries. Los calmantes. Los tobillos. Somos los tobillos de nuestras madres sosteniendo su cuerpo, su cansancio. Los músculos, somos. Somos esa gran máquina de soldar. Esa gran chispa. Y somos la armadura. El ristre cómodo. La lanza. La ropa que nos cubre. Siempre puesta.

Alicia Kozameh

Los Ángeles, 3 de marzo de 1992

“El encuentro. Pájaros”¹²

(fragmento)

La lógica, la simple, la fóbica. La gorda. La neutral y la aliada. Una convivencia que les ha llevado siglos acomodar en las oscuridades de la memoria. Milenios distribuirla y sedimentarla sobre las paredes de las venas del recuerdo. De donde no será expulsada, desde donde no será reabsorbida ni succionada por la historia. Una convivencia que ha mezclado las direcciones en las que se orientaban sus miradas, que ha enroscado entre sí los hilos de sus incertidumbres, que ha decodificado y reordenado en una única cadena de neuronas todas las sutilezas del dolor y del goce, del fastidio y de la solicitud, de la armonía y de impulso de vomitar, de escupir. En armonía. (p. 39)

12 A. Kozameh (2004, pp. 12-62).



OFRENDA DE PROPIA PIEL 2

“Densa presencia de la hora”¹³

(Publicado previamente en HUELLAS, Memorias de resistencia
Universidad Nacional de San Luis, Argentina, Marzo de 2008)

Habría que, por ejemplo, mantener una puerta cerrada para que no se escape, y una apenas, apenas entreabierta, para que respire y permanezca con vida. Como si fuera una mosca. Insecto. Insectito. De los supuestamente más insignificantes. Pero con esa gigantesca capacidad de provocar irritación.

Ni una mínima marca del sol del recreo de la tarde. Y es cierto que salimos al patio. Salimos. Sí que salimos.

Bien calladita, me tengo que quedar. Mutis. No quiero preguntas. Ni miraditas. Si no hablo nadie me va a preguntar nada. Nadie va a andar queriendo averiguar las razones. Las razones son más. Demasiado más. Y de lo que es demasiado propio nunca es posible garantizar nada. A nadie le voy a hablar de mis esfuerzos. Locos. Esfuerzos locos. Además, en estas circunstancias, no estoy con todo el viento a mi favor. Ocho años, tenía, cuando le conté esto a mamá. Porque se supone que una madre entiende. Que debe entender. Y se me vino con la preguntita completa: qué crimen había cometido para que hubiera caído sobre su cabeza, como una hecatombe, la desgracia de tener una loca por hija. Cuando en sexto grado se lo conté a Vero para saber si a ella le pasaba lo mismo, porque, en fin, hay circunstancias en las que uno prefiere no estar solo, Vero me miró largamente. Muy largamente. No se lo contó a nadie, que yo sepa, porque era de las que mantenían la boca muy cerrada. Pero dejó de ser mi amiga. O, al menos, dejó de hacerme partícipe de lo que transitaba a diario por su propia cabeza. Y fue duro. Eso fue duro. Duro como el cadáver de rata que se escondía bajo hojas crujientes de otoño y que yo, desprevenida en medio de una pacífica y solitaria excursión a través de quién sabe qué bosques, pisaba entre ahogos en la pesadilla de dos noches atrás.

Cuento algo así, y me miran. No sería la primera vez. Me miran. Como si los ojos de los demás me atravesaran hasta la nuca. Como si quisieran escarbarme por dentro. Como si los ojos de muchos fueran cucharas con las que tratan de removerme el cerebro, a ver qué encuentran. Aunque podría parecer que sólo me miran los ojos con la curiosidad del que nota que a una le ha quedado desapareja la pintura. O con el interés de ayudar a sacarme una pestaña enredada a la

¹³ A. Kozameh (2022, pp. 13-30).



que yo misma no puedo ganarle la carrera y que ya me está poniendo demasiado nerviosa. Pero no. La realidad es que todo el interés está puesto en mi cerebro. Que funciona mal, deben imaginarse. Con errores. Con desfasajes. Como si estuviera senil aunque tenga veinticuatro años. Como si tuviera cinco años aunque tenga veinticuatro. Así que, no. Nada de correr el riesgo. No puedo. Quizá más de una compañera entienda. Pero no sé. De acá no se va nadie en mucho tiempo. Si me toman por loca, estoy jodida. Lo último que quiero de la vida es que mis compañeras me vayan a vomitar esas miraditas que no se terminan nunca. Lástima. Con las ganas que tengo de charlar el asunto con alguien. Que queman. Ganas que queman, a veces. Sobre todo considerando la cantidad de tiempo que esta estupidez me insume por día. Por noche.

Ay. No. No. No. Que no se me cierren del todo los ojos. No. Volver. Retroceder. Tengo que volver a unos segundos atrás, unos segundos, cuando estaba completamente despierta. Pensando. Pensando en mis miedos a que las chicas crean que estoy revirada. No puedo decir mucho. Casi nada. Tengo que callarme. Callarme.

Volver a un minuto atrás.

Quién tose. Susana. Es la tos de Susana. Ya estoy lúcida otra vez. Gracias, Susi. Me salvaste. Vos, cada tanto, tosé. Así me mantenés despierta y dispuesta para mi batalla. ¿Y si se lo cuento a Susana? Ella suele entender ciertas cosas. A veces parece entender. Pero no. No. Ya me oigo: Susi, ¿alguna vez te preguntaste por qué no podemos recordar el instante en el que nos quedamos dormidos? ¿Te hacés preguntas así? ¿Alguna vez trataste de hacerle el seguimiento a tu cerebro mientras estás por dormirte? Suena ridículo. Retardado. Me va a mirar tratando de entender a qué me refiero. Y en circunstancias así nunca queda claro quién es más imbécil, si ella o yo. Algo se le ilumina, en algunas situaciones, pero no tanto. Me va a tomar el pelo. Me va a cargar.

Una luz. Un reflejo, siento. Me atraviesa los párpados. La luz de seguridad. O el reflejo de la luz del pasillo. La sábana se me corrió. Si trato de volver a taparme la cabeza Susi y Juliana van a ver que estoy despierta y me van a hablar. Mejor no. Estoy ocupada. Vigilando. Tengo una misión. Estoy a la caza. Alerta. Alerta y lista para dar el zarpazo.

Susana sigue tosiendo. No me di cuenta de que estuviera resfriada o con bronquitis o nada, hoy. Pero no es una señal. No tose para mandarnos a las demás algún mensaje, para llamarnos la atención sobre algo. Ni está sentada, ni se mueve mucho. ¿Tendrá suficientes frazadas? Frío no parece tener. No más que el resto.

La cucheta de Maura cruje. Rechina. Chirría. Chilla. No me puedo concentrar. Ya está. Se mueve una vez. Otra vez. Se acomodó. Ya está.



Tengo sueño. Pero no. No. Nada basta. Nada es suficiente. Ni veinticuatro años o, bueno, veinte, digamos, persiguiendo lo mismo, son suficientes. En la casa de Rosario. En la casa de Laboulaye. En la casa de Pergamino. En la casa de Rojas. En la casa de Totoras. En la casa de Santa Teresa. En el colegio de monjas en Rosario. En la casa nueva de Rosario. En las diferentes pensiones en Rosario. En la casa de los padres de Hugo. En mi casa con Hugo. En el sótano de la Alcaldía de Mujeres de Rosario. En esta refinadísima cucheta de la cárcel de Villa Devoto en Buenos Aires. Intentos. Intentos. Esfuerzos. Toda la energía puesta en la gestión. Nada es suficiente.

Qué va a pasar el día que lo logre. Cómo me voy a sentir. Cómo me voy a sentir cuando logre atraparte. Maldita milésima de segundo resbaladiza e inmundada. Babosa y esquiva. Artera. Ladina.

Taimada.

La cosa viene así: uno está cansado, y entonces se va a la cama. O se recuesta, o se sienta, en un sillón. Sofá. Lo cual no importa en absoluto, porque hay gente que se queda dormida parada. Como lo que nos pasó a varias cuando nos trajeron a Devoto. Nos dejaron paradas en la leonera esperando para la, según ellos, revisión médica. Cuatro horas. De pie, las manos atrás, la cara contra la pared. Y con ese agotamiento insoportable después del vuelo más cómodo y reconfortante de la historia de traslados de presos en lo que va de la evolución de la humanidad. Y del calor de fines de noviembre con una humedad propia de la selva amazónica. Quizá no haya durado más que unos pocos segundos. Pero fuimos varias las que nos dormimos. O sea: la posición no viene al caso. Así que voy a empezar de nuevo: uno está cansado y decide dormir. Aunque lo de decide tampoco es adecuado. El sueño llega y uno no decide nada. En fin. Como que disminuyen los elementos de análisis. A ver, otra vez: uno está cansado. Va llegando el sueño. Uno está con los ojos cerrados. Bueno, en realidad uno está con los párpados bajos, pero al globo ocular se lo siente, está vivo, activo. De a poco algo empieza a nublarse. El célebre globo ocular se torna menos presente. Uno deja de tenerlo en cuenta. La especie de nube, que parece invadir el área frontal (interna) de la cabeza, se vuelve más poderosa. Y de golpe, chau: uno pasa para el otro lado. Uno pierde todo el poder de decidir nada y se convierte en la personificación de la bolsa de papas. A expensas de la voluntad de cualquier estibador. O de cualquier chef. No hay derecho. Y uno no sólo deja de tener poder de decisión sino que se pierde el instante del salto. Y ésa es mi constante desesperación. Y yo sé, yo sé que si uno se lo pierde es porque debe ser extraño, diferente, con alguna forma sofisticada de belleza. Algo más que interesante debe haber allí para que nos esté tan negado. No es justo. Qué, qué conspira contra mi derecho a conocer mis propios



procesos. A desarrollar la capacidad de observar a conciencia ciertos elementos de mí misma.

Algo, algo hay.

Pasos. La celadora taconeando en el pasillo. Que no haya pasado nada en otro pabellón. Qué quiere. Por qué se acerca tanto. Que no haya pasado nada. Que no pase nada.

Ni una ínfima huella del sol de la tarde, queda en el cuerpo. La tarde temprana. Qué busca, la celadora. Qué busca. Nada extraordinario. Un movimiento. Una voz. Un cigarrillo encendido en horas de sueño. Para poder castigar. Para mandar a alguna a los calabozos. Para mostrar que es capaz de responder a las exigencias del penal y a sus órdenes de jodernos hasta volvernos picadillo de carne. No busca nada más. Si tuviera en la vida algo más que este miserable trabajito de verduga andaría detrás de horizontes más originales. Y los perseguiría en cualquier lugar menos en pabellones y celdas abarrotados de presas políticas. Imbécil celadora con cabeza rellena de estopa. De mierda.

Se adhieren a la textura. Las yemas del meñique y del anular de mi mano derecha se adhieren a la trama, al entrecruzamiento de hilos. Así. Presionar. Acercar y presionar las yemas de los dedos hasta fusionar la última capa de piel con el tono crudo del percal que me tiene de queso de este emocionante sándwich hecho con pan de sábana.

Hay que proteger la ecuación: cerrar los ojos y mantenerlos abiertos.

Ese sol. Ese brillo que suele aparecer, con tonito triunfalista, en el patio. El brillo que insiste en acomodarse en el rincón del patio de cemento. Cuando estamos allí las doscientas cincuenta de los ocho pabellones del piso yendo y viniendo, circulando de una punta a la otra, del brazo, de a dos, de a tres, sentadas en grupos sobre las indeseadas texturas del piso siempre erosionado y vuelto a erosionar, sin dejar de entregarnos las diferentes versiones del mismo hecho, del mismo secuestro de un hermano, del mismo asesinato de una madre, de una amiga, sin interrumpir nunca el intento de ser eficaz en la tarea de calmar el dolor de otra, sin obstaculizar el largo relato de alguna que necesita convencerse a sí misma de que su hijo de cuatro años no quiere venir a visitarla porque le tiene terror al grueso y cada día más alto vidrio del locutorio que no le permite que ella lo siente sobre su falda y le diga que es cierto que es su madre, que su abuela no le ha mentado. Ese solcito, ese brillo, nos observa. Siento que nos observa. Desde su propio ángulo, ese brillo nos escruta. Nos indaga. Pero a distancia. Desde una lejanía que no es posible calcular con las medidas de longitud manejadas por los seres humanos. No hay manera de decir: ese sol del rincón del patio está a cuatro metros de mí, a ocho metros de esas compañeras que se acercan caminando. No. La distancia entre nosotras, cualquiera de nosotras, y ese brillo, debe ser inventada. Debe



ser dibujada. Debe ser medida con la infinidad de colores y de tonos que juegan, que se entrechocan, que se accidentan unos contra otros, que se reproducen, que se combinan y se multiplican, que bullen y explotan entre un extremo y el otro del espectro solar.

Y nada, queda. Nada. Ni una huella. Ni una consecuencia se desliza, se escurre, en la cama con una. Nada de ese sol entra por los pliegues de las sábanas nocturnas, de las frazadas escasas. Ni un escueto reflejo de ese brillo se mete por los pliegues de la presencia, de la densa presencia de la hora.

Qué más no nos acompaña. Qué más. Todo, todo está fuera de la órbita que nos abarca. Nada se inmiscuye y se mete con una entre los espacios oscuros que se construyen alrededor del propio cuerpo, entre la grumosidad de las sábanas y los límites trazados, maquinados, por las discreciones del camisón puesto en uso noche tras noche. Ni los propios músculos. Ni la propia piel, entra con una. Ni la propia linfa. Aquí, bajo el peso exiguo de las frazadas a cuadros grises y marrones, soy esqueleto. Soy conjunto de huesos que, quizá, se mantengan unidos, mantengan las articulaciones en estado de potencial funcionamiento. Hasta la mañana, hasta la hora del recuento, en que se recobra la carne. En que los músculos vuelven, sigilosos, cautelosos, mezquinos, a ocupar su lugar, a ubicarse y a hacerse cargo del rol que tenían asignado.

Así que, bueno.

Qué estoy haciendo. Se supone que tengo una tarea. A ver. Vamos a ver qué podría instrumentar. Si sirviera un matamoscas. Un colador de café. Y cuando el ínfimo e infeliz momentito asome un pelo, paf, a la bolsa. Pero para qué, para qué tantos instrumentos de combate, si ni siquiera logro comprometer el instante como para que se mantenga del lado de la lucidez, mientras me lleva al sueño. No logro. No logro captar el puente.

Debe haber un puente. No se sale de un estado y se entra a otro sin un trayecto. Por corto que sea. Pero no lo veo. No lo siento. No logro percibirlo.

Al menos no pretendo, ni siquiera sueño con detener el paso de la mente hacia el otro lado. Así que tan loca no estoy. Con sentirlo me conformo. Al fin y al cabo, ¿es tanto lo que pido? ¿Tanto, es?

¿Cómo será? ¿Será como cuando uno apaga la luz? Se sube o se baja la llave y se produce la desconexión. Pero quiero sentirlo. Sentirlo. Necesito. Lo necesito. Ay. Ay. Ay. Ay. Ya veo que no salgo ilesa de este engorro si no alcanzo mi meta tarde o temprano. Aunque sea un poquito. Un poquito. Una sensación. Cerrar los ojos. Así. Cerrarlos y mantenerlos activos. Mantenerlos tensos. Los párpados bajos pero los globos oculares alertas. A ver si atrapo algo. Algo.



La celadora no volvió. O habrá vuelto en puntas de pie. O se habrá sacado los zapatos. Quién sabe. Que no pase nada. Que no cambie nada. Y menos de noche. No quiero oír candados a esta hora.

Otra vez. Lo voy a intentar de nuevo. No es cuestión de abandonar la persecución de la presa en plena sesión de caza. No se abandona. Nada. Nada se deja tirado, a expensas de la muerte, de la tristeza, del arrebató de otros. No. No se renuncia. No se cede y no se abjura. No se deja nada vivo perdido en el desamparo. Y todo, todo está vivo. Todo. Porque, a ver, ¿qué no lo está? Hasta la más ínfima piedrita agarrada con desesperación al rincón más oculto de la cueva hundida en lo más profundo del planeta, está viva. Porque si no está viva, ¿cómo carajo hace para aferrarse con toda esa potencia, con todo ese ahínco que tanto laburo les da a los millones de mineros que se pasan la vida tratando de separar un pedacito del otro?

Bocabajo me concentro mejor. A ver. Tratemos. Frustrante. Frustrante. Difícil. El sueño me va venciendo. Al final la energía se me desvía. Se me convierte en rabia.

Algún día. Algún día. Éste no es el lugar más adecuado para concentrarse. Cuando salga voy

a consultar. Cuando salga de aquí alguien tendrá que poder hablarme de algún método. Algún profesional en el asunto. Una técnica. Un recurso. Como ir caminando lentamente, paso a paso, paso a paso, apoyando un pie muy a conciencia, después el otro, de a poco, prestando mucha atención, para no caer en la trampa. Un procedimiento. Que me permita llegar al sueño sin perder el control. Pudiendo decidir cuándo apago mi propia luz. Pasos. Pies descalzos. Alguien fue a orinar. Pasos. Pocos: alguna compañera de las cuchetas más cercanas al baño. Sí.

Lo que uno piensa. Lo que uno vuelve a pensar. Lo que uno persigue.

Y yo qué persigo. Persigo tener el control sobre mi entrada al sueño. Por una vez. O dos. O tres. Pero no para siempre. En el momento en que lo logre y vaya saliendo de la angustiada fase de la curiosidad estaré, en forma simultánea, entrando en la gloriosa fase del hartazgo.

Menos mal que tengo la fuerza para resistir la tentación de comentarlo con alguna compañera. No sé de dónde la saco. En qué motor remoto, neuronal, químico, la fabrico. Cómo será que sucede esta carrera eléctrica, esta agitada danza de mis sarnosos neurotransmisores. Esa sensación de ser la única que se pone ansiosa con asuntos así. Esa sensación (errónea, equivocada, porque hay que sofrenar al palenque el ejército de egos amotinados que acosan, que aturden, que hostigan, que atentan contra la integridad del esfuerzo comunitario) de ser tan original. Tan exclusiva.



Qué tendrán circulando por la mente las demás chicas. En qué derivaciones, ramificaciones, se les escapará el pensamiento. Digo: a la hora de dormir. Cuando ya agotamos las risas ahogadas. Cuando terminamos de cebarnos los mates clandestinos y calientes para hacerles la guerra a los efectos de este julio y de otros julios. Cuando estamos metidas en la cama y forzadas al silencio. O a simularlo. Quizá otras estén a la caza del mismo instante que yo. Quizá todas. Quizá todas lo estén.

Pasos descalzos. Vuelve del baño. Movimiento, vibración de cucheta. Ya se subió. Se tapó. Cómo me voy a sentir cuando logre atrapar la transición. En qué pensarán las chicas. En tesoros, deben pensar. En sus propios tesoros. Cuáles serán los tesoros de cada una. No creo que ninguna sea tan obvia, tan poco creativa como para interponer en los ritmos de sus conexiones mentales, en la velocidad con diseño de tornado con que se debaten sus seseras, el tesoro de la eventual futura libertad. No creo que ninguna sea tan elemental. Ni que tenga tan mal gusto.

Si giro la cabeza hacia el otro lado podría evitar la sensación de luz a través de los párpados. Pero no. No. En esa posición me duele demasiado el cuello.

Ese bulto. Ese bulto de ropa a los pies de la cama de Thelma. Qué despelote. Lo que daríamos por unas pocas perchas. Si tuviéramos algunas perchas encontraríamos de dónde colgarlas. Ése sí que es un tesoro enterrado en lo más oscuro de nuestras imposibilidades. Una percha. Voy a escribir algo, casi no importa qué, con tono de ensayo, de estudio científico, titulado “La percha como tesoro”. Mal, digamos, del todo mal, no suena.

Desgraciada y perversa transición. Execrable milésima de segundo. Repodrido instante maloliente que no se deja ver. Huraño. Insociable. Pero no te la creas. No te la creas, infeliz ratoncito lleno de terrores que corre y corre de pura desesperación por los zócalos entrecruzados de mi mugrosa cabeza. Ya verás. Ya verás. Nada queda impune. Ya lo verás un día.

Qué hora será. Por lo menos hace dos horas que apagaron las luces. Las doce de la noche. O más. Más. De noche, al menos que me quede despierta y calcule el tiempo contando los segundos, no tengo manera de saber. Cuando me despierto después de haber dormido un poco, no hay signos que me ayuden. No hay signos. De día sigo el aspecto de la luz. La sombra de los barrotes de las ventanitas reflejados en la pared del pabellón. El alargamiento de sus siluetas en contraste con la palidez de la pared. Eso. Eso me va indicando el transcurso de los minutos.



Habrán pasado por lo menos dos horas desde que se oyó a la celadora taconeando. Espiando.

El día que te agarre me voy a sentir toda una reina. La reina. La reina de las cretinas. Porque qué, qué voy a hacer con el instante atrapado, además de tener que responsabilizarme por haber asesinado a un fantasma que, por sobre todas las cosas, era inofensivo. Y que al mismo tiempo me garantizaba una cierta especie de diversión. Que me mantenía agitada en los ritmos del juego nocturno. Que sostenía, implacable, mi producción de adrenalina, y la hacía resonar como al compás del más convulsionado Shostakovich.

Adrenalina. Estreptomicina. Piringundina. Oficina. Esquina. Tina.

Otra tos de Susana. Qué tendrá. ¿Será solamente tos? ¿No habrá algo más?

¿Seré la única despierta?

No parece que Susi se despertara al toser. Nadie se mueve. No hay sonidos. Ni crujidos metálicos de cuchetas. Ni ronquidos. Raro. Ni siquiera Maura, está roncando. Eso sí que no concuerda con nada. Ella, que es la experta a fuerza de pura práctica.

No te vas a salvar. Te atrapo. Un día de éstos te atrapo, te agarro del cogote, piojo resucitado. Inmundo momentito. Momentito capaz de aventajarme en todas mis batallas nocturnas. Pero nada es eterno. Ya verás. Ya verás.

Y otra tos. Seca.

Qué será. Cuándo habrá tomado más frío del que tomamos normalmente. O se habrá contagiado, en el recreo, de las compañeras del pabellón de al lado, que andaban con esa bronquitis en cadena.

Qué le habría pasado a Vero, esa vez. El problema es la falta de respuesta. La incapacidad de responder. Porque mi madre sí respondió. Ella dijo lo que pensaba. Pero Vero cerró la boca. Nada menos que con eso, se mandó: con la absoluta clausura de su más importante herramienta de expresión. Y debe haber apretado a lo bestia esas dos confusas hileras de emergentes dentales que tenía, tan protegidos por aquellas armaduras llenas de esplendor que perseveraban, firmes, voluntariosas, en el loable intento de evitarle a mi amiga futuros desamores provenientes del sexo masculino. Porque ¿qué otra finalidad tienen las ortodoncias que no sea la de embellecernos para el futuro casamentero que nos espera a tantas, de acuerdo a nuestros meticulosos padres?

Qué hará que haya tanta gente que no tenga respuesta a lo que la rodea, a lo que le pasa, a lo que les pasa a otros. Quizá haya sido la edad. No sabría. A veces se aprende. Tendría que buscar a Vero, un día. Buscar a Vero. Encontrarla. Y hablar. Hablar esto. No debe



acordarse de nada. O sí, y debe seguir pensando que soy rara. Que mejor no hablar conmigo.

Cómo tendrá ahora los dientes.

Por qué tantos no pueden dar respuestas. Comunicarse. Miedo. Debe ser el miedo. Desconcierto. Se paralizan. ¿Será que les dieron demasiado amor cuando chicos? ¿Tanto amor que el calorcito familiar les mantuvo la mente cómoda y tranquila, pachorrienta, al punto de no interesarse por lo demás, al punto de no entenderlo, al punto de ignorarlo, al punto de que, cuando lo que los rodea se hace presente, se hace sentir, los toma por sorpresa, los sobresalta, los asusta? ¿Será ése el efecto que produce el amor familiar? ¿O será que solamente son una manga de tarados, de estrechos mentales? ¿Cómo puede ser que no entiendan que después de una pregunta lo que viene es una respuesta? ¿Cómo se atreven a desafiar el orden natural? ¿Qué están pensando cuando no responden? ¿No tienen manera de sentir que el que preguntó se queda girando en una vorágine interminable de ansiedades múltiples y de poca resolución?

Ya verás, ya verás, desgraciadito instante que me traiciona, que me atrapa y me lleva al sueño, al estado de sueño, milésima de instante en el que me pierdo, después del cual dejo de ser loca simplemente porque dejo de ser.

Porque uno no es si no es consciente. En fin. En fin. Mal momento. Mal momento y peor disposición para entrarles a las pasatistas delicias cartesianas.

Si se lo pudiera decir a Susi. Tendría que encontrar uno de esos escasos días en que amanece

con la mente libre. Pero el punto justo no es fácil de detectar. A veces su mente está tan libre que todo le provoca risa y no hay nada que no convierta en broma, en burla, la vivaracha. Mejor no.

Otra tos.

Tengo sueño. Demasiado sueño. Pero quiero atravesar ese maldito momento transparente. Traidor. Aunque al final tenga un precio. Aunque termine siendo un castigo. Aunque haya que padecerlo. Aunque, quién sabe, el instante sea del más completo regocijo y nunca termine de sentirme culpable por no encontrar la manera de compartirlo. Aunque resulte el epítome de todos los regocijos posibles. La condensación de todas las luminosidades disfrutables y de todas las formas apacibles que pueda adoptar la sombra. Aunque llegue a ser tan perfecto que después de tanto necesitarlo tenga que terminar odiándolo. Cómo hago.

Cómo hago. Cómo hago.

Nada entra a la cama, con nosotras, del recreo de la tarde. Nada, del reflejo.



Otra. Otra tos.
Otra.
Los Ángeles,
13 de julio de 2006

Indagaciones dentro del estómago de las tormentas¹⁴
(fragmento)

Y surge la seguridad. Brilla la certeza... Todos sabremos cuándo y dónde fue escrito. Y cuando suceda que la memoria deje de garantizarnos el propio origen, estarán allí los datos de la supuesta realidad. Habrá esa huella. Habrá esa fibra. Habrá ese canto de paz -sí, claro, justamente-. Contribución a la Historia. Para salvaguardar a la Humanidad de ser arrasada por las tormentas del desconocimiento. Indagaciones. ¿Para eso se escribe? Sí. ¿Hay intención? Hay un comando. Se produce un texto. (p. 47)

SAL DE SANGRES EN SANGRE¹⁵

(fragmentos)
*Me estrangulan, alguien me
estrangula, alguien
me aprieta la yugular como
si jugara a matarme,
a matarme con la perfección y el ardor
del que espera todos los aplausos.
Mi demolido cerebro. Mi aniquilado
hilo de pensamiento.
Justo allí, justo allí, donde nacen
el rumor, la letra, el habla, los sollozos.
Basta, basta, basta porque estoy
perdiendo la vida, basta
porque las luces se me apagan,
porque necesito permiso para
pronunciar, necesito permiso
para permitir que se pronuncie.*

¹⁴ A. Kozameh (2022, pp. 31-53).

¹⁵ *Sal de sangres en sangre* (2021) constituye el quinto y último volumen de la pentalogía poética *Sal de sangres*, que A. Kozameh publica entre 2018 y 2021. Está integrada por *Sal de sangres en guerra* (2018), *Sal de sangres en declive* (2019), *Sal de sangres en pánico* (2020) y *Sal de sangres en incendio* (2020). *Sal de sangres en sangre* tiene 200 páginas y cada estrofa ocupa una página. Anclada entre la historia colectiva argentina y la memoria íntima de Alicia Kozameh, la obra vuelve sobre el asesinato de su tío médico, Eduardo Próspero Kozameh, que fue baleado en la noche del 12 de septiembre de 1974 por la Triple A y que falleció tres días después. El libro se configura como un único poema de estructura dialógica en el que se alternan dos voces diferenciadas en su presentación gráfica: la del tío, en tipografía regular, y la de la sobrina, marcada en cursiva. IP.



*Para que
todo sea dicho. El galope
de las letras destrozándose unas contra
otras, formando montañas con sus restos,
edificando borbotones, eludiendo espacios
habitables, fugándose de los ahogos,
provocando ahogos hasta el
ahogo mismo, hasta el fin del final, para
después contravenir todas las reglas y agitarse
hasta lograr el desparramo y
justificarlo en formas, en poemas, en ardidés, en
denuecos, en demoras, en desplazamientos, en
reencuentros, en ensayos, en viciosas
reticencias. En regresos torpes a un
escenario previsto en el que la buena voluntad es
el público más puntual, más numeroso. Y
regresa y continúa por millonésima vez la
función inapelable, soberana, de la palabra,
campana de platino, ardiendo hasta
volar en pesadas acumulaciones de
cenizas, de texturas inocentes, endebles.*
Dejo que los párpados
se me distiendan. Y dejo, dejo
que mi mirada se desorienta, se deprima,
se confunda, se desespere, perdida
entre los mínimos espacios de oscuridad
que se multiplican alrededor
de las hilachas de tabaco con
las que voy cargando la pipa, la fábrica
de humo que le confiere un orden al movimiento
de mis dedos, que los empuja a la acción, que
les diseña la órbita. Que les otorga
la gracia de transitarla en un círculo
siempre inacabado. Así
empieza a extenderse
la soleada noche, volutas, ladridos, aire
en grises, las demás pipas deseando
alguna invitación a la danza, al canto,
enjauladas en el vaso que decide por ellas más
que yo mismo desde la repisa del hogar sin llamas
y sin leña. Ansiosas y con justicia, y yo sin poder
darles de mí esa alegría.
Rígido, este respaldo. Rígido, el respaldo



de esta silla. El borde de madera
me protesta en la nuca. Me toma por sorpresa. Me
desconcierta. Cuál es el cambio. El sofá
podría otorgarme el ámbito que me imponga
cerrar los ojos y olvidar las intrigas. Las preguntas
filtrándose por los laberintos de mi
corteza cerebral. El sofá. Voy al sofá. Llevo
la pipa conmigo. Llevo conmigo el cenicero. Las
volutas, transporto, con todo el peso de su gris,
de su aparente levedad. Las enarbolo como
si pudiera mantenerlas enhebradas en un
collar, en una fibra de oxígeno, en un
hilo de oro
conocido hilo de oro
trenzado desconocido antiguo
que sostiene la esquirla en un extremo
y la mantiene protegida
impermeable
al abismo y a sus huecos, sus
espantos. Hilo de oro que sostiene
la esquirla unida al extremo en el que
se inició el estallido. Esquirla
de hueso muerto ahora
muerto ahora incrédulo y tan
escasamente
muerto clavada en empalidecido
*pómulo viviente. Y la tarde
a la vanguardia y con orgullo
avanza. Con todas sus claridades sus
aires límpidos sus cielos transparentes. Se
adelanta completa total. Va entretenida con
todos sus poderes sus convicciones sus vértigos
futuros. Se mueven a sus espaldas ese
cúmulo de turbulencias de la noche esas
sombras eléctricas que van llegando
ocultas disfrazadas de necesidad de
pensamiento de advertencia
de símbolo. De hecho silencioso, puro estruendo.
Las iluminaciones de la tarde no interrumpen
su marcha. Caminan corren zapatean.
Podemos -resuelven- bajar del escenario y
cedérselo a la noche. Y la noche, si no nos
despoja del derecho a existir, vuelve a poner*



*la escena en nuestras manos en apenas
unas pocas horas. Ese último hilo dorado
entre las sombras. (pp. 22-27)*